

Dice Eduardo Galeano que "*La noche de la cocina*" es uno de los pocos relatos perfectos que ha leído en la vida.

Podríamos agregar, seguramente, *El ascensor*, *El viaje al origen* o los *Exilios*, esos textos breves que imponen sobre el rigor narrativo, sobre la secuencia, la huella del instante único que roza o se apodera de la poesía.

Carlos María Gutiérrez (1926) aprovecha su doble experiencia de periodista y poeta. No esconde, es más, exhibe una experiencia del exilio y un compromiso de lucha sin tregua. Pero al tono implacable de sus historias reúne una escritura precisa, una construcción que alude a la pelea, también sin tregua, con las palabras.

No hay libro perfecto ni, quizá, autor que lo pretenda.

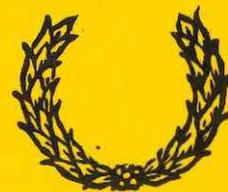
Existen, como en este caso, magistrales acercamientos.

arca

arca Los ejércitos inciertos Carlos María Gutiérrez

Carlos María Gutiérrez

Los ejércitos inciertos y otros relatos



arca

200

PIAAT/2017
NAC

Los ejércitos
incierto

Carlos María Gutiérrez

Los ejércitos
inciertos
y otros relatos

ARCA

*Eux, qu'on retrouve au soir
desarmés, incertains*

ARAGON

© Copyright by ARCA Editorial S.R.L.
Andes 1118, Tel. 90.03.18, Montevideo
Hecho el depósito que marca la ley
Printed in Uruguay - Hecho en Uruguay

*A Ducho, en las
entrelíneas de todo.*

PROLOGO

De chiquilín quise jugar al fútbol como Julio César Abaddie, aunque él era de Peñarol y yo era un patadura.

Cuando ya estaba dejando de ser chiquilín, quise escribir como Carlos María Gutiérrez. Leyendo sus crónicas, yo sentía que las palabras flufan solas, como la pelota de Abaddie rodaba por su propia cuenta, veloz, imparable, al borde de la blanca frontera de la cancha. Eso me daba admiración y envidia. Yo me pasaba las horas peleando cada coma y cada palabra, y el resultado final de la inútil batalla era, a lo sumo, digno de una buena papelera.

Después, el maestro fue mi amigo. Un puercoespín entrañable. Y un día me confesó que escribir era, para él, una cosa que costaba un triunfo y pagaba un fracaso. Yo sentí algo así como un consuelo, pero no me curó de la admiración ni de la envidia.

Y han pasado los años y sigo sin curarme, porque sé que por mucho que yo insista peleando a brazo partido, jamás podré escribir nada como "La noche de la cocina", pongamos por caso, que es uno de los pocos relatos perfectos que he leído en la vida.

Eduardo Galeano

EXILIO

En 1960, la explotación de braceros ilegales en las plantaciones cañeras del Norte excede la antigua resignación agraria y las denuncias llegan a la capital. El periodista va a ver. En la pequeña población de frontera duerme tres noches, alojado en una pensión menesterosa pero limpia. Su pieza tiene una ventana enrejada hacia la calle de tierra y ninguna puerta. Se entra a través de un cuarto de baño compartido con el vecino. Cuando el otro lo ocupa, el periodista queda tapiado. Los datos del tráfico de brasileros y las visitas a las *aripucas* miserables construidas entre los surcos, para hablar con los cortadores reticentes, agotan con monotonía la jornada. Por la noche sólo hay la módica diversión de una cerveza solitaria, un prostíbulo confuso con discos de Magaldi rayados o la alternativa de irse temprano a dormir.

Una madrugada despierta a la luz desolada de la ventana sin cortinas y desconoce dónde está, qué son esas paredes azulosas pintadas a la cal, el techo de zinc con su lamparilla sórdida, la mesa de pino, el catre de hierro que rechina y la palangana descascarada en su soporte. Le parece que esa falta de memoria y esa habitación triste e indescifrable son la muerte, o al menos su condena. Espantado, decreta que sigue dormido y que debe despertar de ese sueño.

Diez años después una dictadura destierra al periodista. Otra noche, en una pensión extranjera, relee, en uno de sus pocos libros, la página olvidada donde Jorge Luis Borges había aludido en 1932 a un desconsuelo parecido y a un sueño propio: "Soñé que salía de otro -poblado de cataclismos y tumultuoso- y que me despertaba en una pieza irreconocible. Clareaba: una desteñida luz general definía el pie de la cama de hierro, la silla estricta, la puerta y la ventana cerradas, la

mesa en blanco. Pensé con miedo ¿dónde estoy? y comprendí que no lo sabía. Pensé ¿quién soy? y no me pude reconocer. El miedo creció en mí. Pensé: esta vigilia sin destino será mi eternidad. Entonces desperté de veras, temblando”.

El exiliado cierra el libro y mira a su alrededor la habitación ajena, escucha el silencio de la alta noche y no sabe si realmente ha despertado. Tampoco, si su recuerdo, donde los destierros de todos son también, de algún modo, el único para todos, es sólo un sueño del presente. Mañana intentará averiguarlo, o despertar.

LA NOCHE DE LA COCINA

A Augusto Bonardo

Poné que el mejor tango que hicimos juntos no lo escribí yo, ni él tampoco.

La última madrugada me llamó a las tres, desde el sanatorio. Le habían colocado un teléfono en el cuarto, porque en esos días ya lo dejaban que se sacara todos los gustos. "Gordo", me dijo y se me fue todo el sueño y me senté en la cama con los pies colgando. Yo había dejado de pensarlo con un teléfono a mano y tampoco me lo imaginaba en el auto, ni sentado en el café con Pepe, Barquina y la Nena, esperándome para la generala, o entrando en casa con las botellas de chianti, mientras gritaba que no sancocharan los ravioles, bárbaros, y nos llenaba esta misma cocina de barullo, probando las letras nuevas con voz de tenorino y destapando cacerolas.

Me dijo "Gordo" así, como triste. Le pedí que esperase y me vine aquí con el teléfono, para no despertar a la Nena, aunque ella duerme pesado y ni sueña. "¿Dónde estás?" le pregunté, creo, o "¿De dónde llamás?" Imaginate qué gil estaba yo esa madrugada, después de tres horas de trabajo en la milonga y dos de copas con los otros giles. Me desconoció: "¿Sos vos, Gordo?" "Y claro, zanahoria" le dije, porque quién iba a ser a esa altura de la mañana. Pero le metí todo el cariño en el "zanahoria". Entonces me explicó que estaba pasando la noche en blanco, sin dolores y piola-piola, lástima que la enfermera era una vieja vinagre y no quería traerle lápiz y papel, ni dejarle la luz encendida, por los reglamentos. De todos modos, me dijo, había armado de memoria, sin monstruo, la letra del mejor tango que hemos hecho, Gordo, del mejor que haremos hasta que estemos todos muertos.

Sentí frío en esta cocina, toda blanca, otro sanatorio. Seguí callado. "Gordo", se asustó él, un poco. "Decímela", le

mastiqué bajito y empezó a recitarla por el teléfono, a las tres de la mañana, igual de bajito. "Es por si oye la vinagre", aclaró antes, pero él sabía también que era por su vergüenza de inventar tanta hermosura y tanta pena, como siempre.

Al quinto verso yo tiritaba y lo frené. Que aguardara un minuto, mientras yo iba a buscar un abrigo. Pero al salir ya me había olvidado y traje el fueye, solamente. "Dale", le avisé, con el tubo apretado entre la oreja y el hombro, sentado en ese taburete blanco donde vos estás ahora, buscándole el tono y meta talón y talón, como si estuviera en la milonga, cuando llega mi solo y dicen, no sé, que bramo o que me río para adentro con los ojos cerrados.

A veces se le cortaba la voz y tosía mucho, pero no me negó ninguna repetida de un verso. Yo gatillaba notas bajas por la izquierda si el frío venía bravo y cuando a él se le quebraba la garganta mandaba un picado brillante para aguantarlo, pero qué iba a poder yo en esta cocina o morgue, si del otro lado estaba la muerte canturreando su propio tango.

No me preguntés cuánto estuve con el fueye queriendo escapárseme de las rodillas, caliente como no lo había oído nunca, mientras en el teléfono me recitaban los versos de un misterio. Hasta que el instrumento se aflojó, quieto, respirando. El gato se me vino a refregar en las piernas, con el lomo erizado.

"Gordo", dijo la voz, allá. "Cortá un rato, que te llamo para darte una sorpresa", le pedí. Y empecé a pasar todo el tango, como me había crecido de aquel frío, de aquellos versos y de aquel canturreo, hasta acabarlo. Pensé, te juro: "¿Quién soy, entonces?" Lo pasé otra vez y tampoco me vino

la respuesta, aunque por lo menos pude llorar. Disqué el número del sanatorio pero la telefonista nocturna que no, que el señor no podía ser molestado a esa hora, orden médica. La estúpida debió pegarse un susto cuando empecé a gritar (y los sollozos me dejaban ronco y el fueye pedía con unos alaridos terribles que no se muriera nadie) porque me comunicó.

"¿Y?", me dijo él. "Escuchá", le dije. Ya era casi de día y la cocina estaba de un gris sucio. Puse el tubo en esta mesa, arimé el taburete para afirmar el pie encima y largué el tango todo de una vez, porque a lo mejor ya no había tiempo para despedirnos. El fueye me tapaba la voz, que la tengo chica, pero lo fui cantando verso a verso y cuando solté el fraseo de mano izquierda esta cocina retumbaba como una catedral. Porque era la parte donde estaba la muerte y la tapé de música y de amor, como si el amor y la música pudieran asustarla y que se fuera. Piqué los dos compases finales, desinflé el fueye y me quedé aquí, con un temblor. El gato estaba parado en un sol recién nacido que pegaba en las baldosas.

Entonces puse el instrumento en el suelo, colgué el tubo del teléfono sin hacer ruido y vi a la Nena recostada en la puerta, con los ojos secos, despierta desde hacía horas sin decirme nada.

"Vení a abrazarme fuerte", dijo la Nena. Y yo fui.

HERMANOS ARGENTINOS

A medianoche, en su hotel, el exiliado se cepilla los dientes vestido con el viejo pijama de Montevideo, los dos automóviles contornean el Obelisco y el Angosto reacomoda su pistola Star en el cinturón desbordado por la gordura. El exiliado se enjuaga la boca, va hacia la cama con el libro comprado esa tarde y el Puma mira la hora en el Seiko digital que le sacó a un desaparecido, da un codazo al Tejerita titubeante para que se coma la luz roja en Esmeralda y Corrientes, bosteza porque lleva dos noches de guardia. El exiliado abre el libro, pero permanece unos instantes mirando al techo, con la cabeza en la almohada confortable. En el asiento trasero del primer auto, junto al Angosto maloliente a sudor (pero sin rozarlo) el Mayor uruguayo, de civil, viene rubio y altanero, bien peinado y en silencio. Como si los argentinos fuéramos basura, rumia el Angosto mirándolo de reojo y con los pies sobre la caja de las granadas. El Puma, adelante, chupa un charutito brasilero medio apagado y en su hotel el exiliado tiene sueño, se deja invadir por la paz modesta del fin de jornada, quiere olvidarse sólo hasta mañana de toda la pobre gente que ha venido a verlo o lo ha encontrado en cafés de Flores o del Bajo: unos pesos para pagar la pensión senador, senador queremos que identifique los cuerpos y así los entregan, senador no me reciben en el albergue, gracias senador y viva Batlle. El sueño flota cerca de sus ojos, pero se propone leer por lo menos el primer capítulo de Garaudy: "Nuestra sociedad está en trance de desintegración. / Es necesario en ella una transformación fundamental, / la cual no puede llevarse a cabo según métodos tra-/dicionales." El Mayor dice que ahí y el Tejerita tuerce el Falcon para pasar a una camioneta de reparto, acelera ruidosamente y se le atraviesa, atraca con las ruedas delanteras

sobre la vereda del hotel. La camioneta patina y el tucumano va a insultar, pero identifica a tiempo el automóvil terrible y sin matrículas, mira cómo se abren las cuatro puertas al mismo tiempo, ve a los hombres (tres con pistolas en la mano, el rubio con la Uzi colgando del hombro caño hacia abajo) y a la gente que se repliega atropelladamente para que pasen, oye a los hombres que gritan ¡adentro! ¡adentro! y cómo se rompen los cristales y entonces acelera, se va de ahí, segunda, tercera, tengo hijos. Cristo. El Tejerita (siempre lerdo para cuando hay barullo, piensa el Angosto) espera al segundo auto con el cabo del chupadero y los otros tres uruguayos, que también se sube a la vereda. Desde el edificio de la Telefónica, en una esquina de enfrente, los policías de la custodia miran la escena a la sombra de las columnas. Arriba, en el tercer piso, el exiliado abre la ventana. Alarmado aliviado tranquilo, reconoce los Falcon, tan demorados pero al fin tan puntuales, por qué iba a salvarme yo precisamente, por qué yo entre todos, pero ya la puerta que se astilla a patadas y el Puma pálido y maldormido parado en la puerta del dormitorio, la cadena de oro con crucifijo entre la camisa de seda verde abierta sobre la barriga velluda, la melena negrísima y cortada a navaja que le tapa las orejas, los ojos grises que parecen muertos, la vocecita de boxeador: qué te habías creído, comunista hijo de puta, para venir a este país a jodernos, y ya la pistola hundida dolorosamente bajo el mentón, ya otro que le hace una llave y está dándole rodillazos en los riñones. Desde el umbral, sin haber descolgado su arma, el Mayor dice déjenlo que se ponga los zapatos y un abrigo, porque va a tener mucho frío, pero alguien también soñoliento, que todavía no entiende nada, lo toca de atrás y el Mayor gira rapidísimo rastrillando la Uzi, animal feroz y bien

entrenado, con la flexión aprendida en las antiguas maniobras contrainsurgentes de Fort Gulick y encañona al muchachito recién salido de su cuarto en el corredor. Es el hijo, avisa uno y el Puma empuja al padre (ya trabado por las esposas, que el Angosto recibe golpeándolo con la Star empuñada) y pone al muchachito su propia pistola sin seguro en el pescuezo, sentate en ese sillón y ni respirés, ni respirés guacho de mierda. No te muevas, no te muevas hijito, piensa el exiliado, chiquito no te muevas ni hables nada, y también piensa: van a matarme, o no van a matarme y no van a matarte, o no nos matarán aquí, o quizás te dejen, hijito, pero dice en voz alta identifíquense, con qué derecho. Ahora lo meten a empellones en el ascensor y desciende en un extraño silencio, solo con el Mayor. Oye el tropel y el griterío de los que bajan por la escalera, pero el hijo ha quedado arriba, o no. Ninguna puerta se ha abierto en los otros cuartos, nadie ha salido a ver qué pasa. Siente la oreja y la sien dormidas por el culatazo; la sangre del oído con el tímpano roto le corre por dentro del pijama humilde de Montevideo. Abajo, el empleado nocturno tiene los brazos en alto y la cara contra el mapa Peuser de la pared. Uno de los uruguayos del chupadero sigue pateándole los tobillos para que mantenga las piernas bien abiertas y le incrusta la escopeta de cañón recortado entre las nalgas, que ni temblés, porque llegás a darte vuelta, llegás a mirar y te dejo el culo como una espumadera, maricón, y el muchacho, si no he mirado, no vi nada, señor. El exiliado cruza el vestíbulo casi llevado en vilo entre el Angosto y el Puma, la cara llena de sangre y la mirada celeste, límpida, que ve todo, que recuerda todo, que no cesa. El Mayor, más rubio bajo las luces escandalosas de la marquesina, acomoda la Uzi en el hombro, manda que pongan al exiliado en el segundo auto y

dice en el micrófono que sacó de su Falcon, fase dos afirmativa vamos a fase tres. En la acera de enfrente se agrupan los curiosos, indecisos intimidados fascinados al fin por la línea de protección que forman en medio de la calle el cabo y dos de los uruguayos, con las escopetas horizontales, imprevisibles. Los espectadores empiezan a salir de los teatros de varieté y a entrar en las pizzerías bulliciosas. Los puestos de libros y discos difunden a Soljenitsin en ediciones piratas y a Vivaldi y Marianito Mores en cassettes ordinarias. El tránsito de la medianoche sigue pasando Corrientes abajo, desviándose para eludir a los hombres armados e inmóviles: en algunos colectivos los pasajeros se despabilan de pronto, pero al comprender apartan los ojos de la ventanilla, tengo hijos, yo no he mirado, nada ocurre. El automóvil verde arranca hacia atrás con un bramido, atruena con su escape libre, dobla en U hacia el Sur y a contramano. Desde el asiento trasero, ensangrentado, invadido por una extraña plenitud, el exiliado mira con avidez final la fachada del hotel donde vivía, la imagen del hombre rubio que junto al otro Falcon habla por un micrófono y parece canceroso bajo el resplandor amarillo, las luces de la calle Corrientes, la noche de Buenos Aires que vuelve a cerrar sus aguas espejeantes.

EL ESPIRITU SANTO SOBRE EL RETIRO

Oía la voz de su madre al otro lado del patio, discutiendo con el panadero o alguien. Los canarios esparcían su contrapunto y el sol entraba por las celosías hasta llegar a los zapatos nuevos, que él rozaba perezosamente con la punta de los dedos, boca abajo en la cama, mientras iba tomando conciencia de la mañana de domingo. En la plaza las campanas de la iglesia tañeron con limpidez, llamando a misa. La vibración familiar aseguró a su molicie adolescente las imágenes que ilustrarían la felicidad previsible de las próximas horas: el patio doméstico con las baldosas rojas recién lavadas, el follaje de verdes luminosos que la parra extendía hasta su puerta, la camisa olorosa a plancha caliente, la taza de café en la cocina, la reunión con los demás en el atrio de la iglesia para ver la salida de las muchachas. Se dio vuelta con lentitud, prolongando la fruición de su despertar en la casa paterna de Salto y abrió los ojos en la pieza 9 de la pensión bonaerense, tercer piso encima del cabaret El Indio, veinte años más tarde.

El sereno desplegaba las ventanas del corredor a las siete, para ventilarlo de los malos olores nocturnos y el humo rancio del tabaco. Entonces ya no valía la pena recobrar el sueño, porque la frazada mugrienta y quemada de cigarrillos era inútil contra el frío de agosto que venía de las dársenas.

Tanteó sobre la mesa de luz, pero sólo encontró el paquete vacío de los Winston que había tomado la noche anterior del bolso de la norteamericana, en El Indio. La mano exploradora chocó con la botella de grappa uruguaya, también vacía, que se rompió en el suelo. Desde la pieza 8, el paraguayo renego que había peleado en la guerra del Chaco golpeó la pared, iracundo.

El ruido terminó de despertarlo. Echó hacia los pies la frazada y se sentó al borde de la cama, con la vieja sensación de terror en la garganta. La metralleta volvió a encasquillarse, la camioneta iba alejándose otra vez y él la miraba, incapaz de alcanzarla, solo bajo las luces de sodio en la avenida húmeda y desolada, con el balazo en el cuello y ya de rodillas, mientras los soldados se arrojaban del jeep en marcha y el primer puntapié lo alcanzaba de nuevo en la sien, como todas las mañanas.

Inició el movimiento de consultar el reloj perdido en el penal, se acordó a tiempo y ni siquiera miró su muñeca desguarnecida. Una campana doblaba ronca y triste, de otra iglesia. Tal vez si cerraba los ojos, si metía la cabeza bajo la almohada y soportaba su olor a vómito del inquilino anterior, si antes hubiera podido aguantar el mismo olor en la capucha y el agua nauseabunda del tanque sin hipar las direcciones y los nombres. Pero ya el paraguayo circulaba por su cuarto haciendo ruido con los muebles, escupiendo en el inodoro con profundos esgarres. Por los vidrios pequeños y sucios entró de a poco la luz grisácea del invierno. Hacia el río resonó la sirena de un remolcador invisible y desde la Boca vinieron los pitos de los astilleros. Imaginó los pavimentos encharcados donde se presentían cloacas desconocidas, las aceras que vibraban sordamente al pasar el Subte y exhalaban el sople tibio y fétido de diez metros más abajo.

Sólo un cigarrillo le quitaba el gusto a caramelo ordinario de la noche. Se enderezó, acostumbrándose a la corriente de aire que llegaba de la ventana rota. Las baldosas estaban heladas y sintió su pringue en los pies descalzos, mientras esquivaba los vidrios rotos, pero encontró la colilla donde la había pensado, sobre el soporte del papel higiénico. La

encendió y se sentó a fumar en la tabla del inodoro. Del otro lado, el paraguayo hizo funcionar la cisterna y el gorgotear del agua fue el comienzo oficial de la mañana.

Hasta julio, el sol pálido que subía sobre la estación Retiro doraba un rato, antes de desaparecer entre viejos edificios, los muros ciegos cubiertos de hollín y las antenas de televisión. A esa hora, cuando se asomaba a la ventana en calzoncillos para recibir algo de calor, la paloma astrosa aparecía desde la parte encapotada del cielo y volaba con un aleteo torpe hacia el alféizar. El levantaba un poco la ventana de guillotina, que se atracaba en el marco deformado por capas innumerables de pintura verdosa, para desmigajar restos de pan, que la paloma tragaba con picotazos monótonos. A veces, mientras el bicho comía encrespando las plumas manchadas con la misma roña amarillenta de los edificios, él intentaba pasarle suavemente un dedo por la cabeza o seguir con el dorso de la mano la curva de las alas. Pero apenas iba a ser tocada, ella elevaba el pico en actitud alerta y escapaba, con otro aleteo, hasta la cornisa de enfrente. Desde allí lo miraba con un ojo vítreo y rojizo, hasta que él se retiraba al interior del cuarto, conformándose con observarla a distancia. Entonces la paloma volvía a la ventana para terminar su comida y se remontaba después hacia el gigantesco aviso luminoso de un vino extranjero.

La colilla llegó al filtro de sabor químico. La tiró y fue hasta el lavabo rajado. El agua salía tibia como siempre, con espasmódicas bocanadas hirvientes. Entre el vapor, estudió en el espejo, con minucioso desprecio, el rostro hinchado por la vigilia, la sombra de la barba, el cabello que comenzaba a retroceder en la frente, la boca algo desfigurada por el tic que apareció después de la tercera noche de picana. "Te gustaría

dramatizar la cosa”, dijo en voz alta a alguien, “como en un cuento empalagoso sobre el podrido exilio del ex seminarista, el silencio hostil de Dios, el Purgatorio y toda la mierda que sigue.” Se acercó a la cara empañada, para ver mejor en los ojos que lo miraban. “Son lo último que se emputece”, dijo todavía. Buscó en el fondo de los ojos y tampoco pudo entender nada esta vez, que era la última. En la pieza 8 el paraguayo hizo correr el agua del inodoro.

EXILIO

En la casa situada en las afueras de una ciudad, el viento bate los árboles del parque. En el dormitorio, un hombre en su segunda noche de viudez, los ojos fijos en el techo, intenta dormirse y borrar la desacostumbrada soledad. Por la ventana abierta escucha, ya en el entresueño, el murmullo poderoso del follaje.

Afuera, una hoja muerta asciende entre las ráfagas y vuela en torno a la casa sin luces. El hombre se adormece, finalmente, vencido por el recuerdo. La hoja entra por la ventana y va a posarse sobre la almohada. Sin saberlo, el hombre sueña que no está solo. En la almohada humedecida, la hoja muerta vela esa breve felicidad, esa impostura de la noche.

EL ASCENSOR

A Yenia Dumnova

Es sábado, anochece y el doctor Federico Elordi está solo en la casa. Por la mañana su socio en el bufete, un contador, le ha dicho que el póker habitual será esa noche en un sitio distinto, posiblemente el apartamento de un norteamericano de la Embajada. Pero todavía no sabe la dirección exacta: la secretaria telefonará a Elordi. Después han vuelto a revisar juntos, con minuciosidad, los contratos de exportación que deberán seguir a la firma del decreto. Casi todos los generales de la Junta ya han sido aplacados o convencidos: sólo falta el más encumbrado, que es también el más difícil. Por eso vino Gómez Ansaldo desde Roma.

Antes de salir, esa mañana, el contador ha guiñado un ojo cabalístico: que vaya precavido, porque el famoso embajador Gómez Ansaldo, invitado de honor al póker, ha dicho que estará encantado de ver a su viejo condiscípulo Elordi, después de tantos años.

Alicia, siempre callada y con el luto por la madre, se ha ido al chalet de Punta del Este, a vigilar sus rosas obsesionantes. El almuerzo solitario, en la gran mesa del comedor, fue estropeado por la prisa de la cocinera y el mucamo en aprovechar su día libre.

La secretaria aún no ha llamado. La casa vacía desasosiega a Elordi, que no soporta quedarse sin interlocutores y obligado a monologar pensamientos impropios. Una siesta mal dormida lo ha hecho despertar con frío, indeciso sobre la estratagema de la partida de póker, organizada en un lugar seguramente desagradable y con gente que no le interesa ver.

Ese año el otoño en Montevideo es apacible. Elordi ha separado, en su cuarto de vestir, un pantalón de franela, mocasines cómodos, un jersey de cuello alto y ha reservado para la elección final una chaqueta de ante y un *blazer* azul.

Como ama el orden, tiene alineados sobre el tocador, igual que cada día, los objetos confirmatorios: el encendedor Cartier con sus iniciales en laca, la chequera de un banco norteamericano encuadrada en piel, las llaves del BMW, la medalla de consejero de Estado, el lapicero de plata con el que firmó en Washington un tratado, como canciller. Al final de la nítida hilera está el reloj: una delgada caja de platino con la malla florentina cincelada en oro. Sorprendido, advierte ahora que el reloj se ha detenido (por primera vez) y marca las doce. Pero cuando quiere correr las agujas no puede moverlas. Este otro arreglo también deberá esperar al lunes.

En el baño abre el grifo del agua caliente, dejando que el pijama se deslice a sus pies. Examina en el espejo su cuerpo: el vientre enjuto, el sexo sombrero que ha llegado al pacto entre los instintos y la serenidad de los sesenta, el cabello gris sin evidencias de calvicie. Antes de entrar al agua muequea, ejercitando la dentadura intacta y la mirada alerta.

Más tarde, cuando está calmando con resoplidos y breves palmaditas la quemadura del agua de colonia en las mejillas pulidas por la afeitadora eléctrica, cree oír el teléfono en la planta baja y va a atenderlo, anudándose la salida de baño.

El mucamo ha dejado casi toda la casa a oscuras. Elordi descende guiándose por el resplandor ambarino de una lámpara. El teléfono ha dejado de sonar. En la penumbra todo le parece desconocido: las puertas entornadas que dan a las habitaciones silenciosas, los espacios de los ventanales, el rellano de la escalera, el alfombrado claro y espeso. En el fondo de la sala la lámpara ilumina la mesita con el teléfono mudo; desde la pantalla sube una curva de luz hacia el Vicente Martín recién comprado. Elordi cree en la cualidad

milagrosa del dinero, que puede transfigurarse y emerger de la suciedad y la sordidez (como un ser humano aflora en el parto desde la sangre, las mucosidades y la culpa) para convertirse en belleza total, sin rastros de su origen. Con los pies desnudos en la tibieza de la alfombra, vuelve a disfrutar el equilibrio inteligente de la pintura de Martín, los tonos supeditados a la hermosura que no inquieta, la discreta maestría de las figuras que no revelan su secreto. Descubre, sin embargo, un nuevo efecto: la luz hace retroceder los azules hacia la penumbra y los objetos inventados por Martín desaparecen, mientras los púrpuras y los ocres cobran una rugosidad de empaste que antes no estaba y que los transforma en coágulos de una materia indefinida y repugnante, casi orgánica. Más allá de la mancha luminosa, el abismo en sombras de la pared devora la belleza del cuadro. El teléfono suena, agudamente.

La mujer que habla no es la secretaria del bufete, aunque pide a Elordi que anote la dirección prometida. El escribe, extrañado, pero sigue pensando en la imagen de la pared y en que lo sabido a medias es la forma más detestable de la inseguridad. La mujer espacia las palabras y estira las vocales, como si las pronunciara sonriendo. Elordi sabe, súbitamente, que esa desconocida lo odia como nadie lo ha hecho. Pregunta con quién está hablando, cuál es el apellido del anfitrión. No hay respuesta y sólo oye una respiración pesada, que aguarda. Un instante después la comunicación se corta del otro lado.

Elordi recorre la sala a grandes pasos, encendiendo todas las luces. El Martín, los demás cuadros, el ángel salmantino de piedra, lo rodean inmediatamente, de nuevo familiares. Oliendo en sus manos el agua de colonia alemana, va a la

planta alta y se decide por el *blazer*. Ya vestido, saca un pañuelo de la cómoda, pero el cajón abierto exhala otra vez el aroma de María Isabel y, de pronto, parecen posibles otro viaje con ella a Nueva York, otro invierno. Luego baja a la biblioteca y enciende sólo la lámpara del escritorio amplio. Aparecen las estanterías abrumadas de libros, los diplomas numerosos en sus marcos de caoba, las fotografías de las Naciones Unidas y la OEA. En una mesa baja, junto a las bebidas en sus botellones de cristal, los diarios y revistas extranjeros llegados esa semana esperan el hojear del domingo.

Elordi llena de *scotch* un pequeño vaso y lo bebe de un trago. Se sirve otro, esta vez saboreando sin prisa el licor con gusto a humo y a maderas añejas, y deposita el vasito en un estante. Allí aparta algunos libros y mueve el dial de un *coffre-fort* empotrado. La puertecita verde se abre. Elordi cuenta cien billetes de mil dólares y añade otros uruguayos de alto valor, que son limpios y tersos, sin estrenar, con hermosas filigranas de colores y una escena histórica dibujada por un maestro grabador de Londres, donde los gauchos ostentan fisonomías rudas y honradas de irlandeses. Elordi mete el fajo en un sobre, lo guarda en un bolsillo interior y paladea el resto del *scotch*, mirando otra vez su fotografía preferida: Adlai Stevenson y Valerian Zorin escuchándolo interesados, los tres en el sector de la letra U de la Asamblea General, mientras él, con una mano levantada y los anteojos en la punta de la nariz, algo parecido a Anthony Eden, lee la declaración condenatoria de Cuba ("Los dos están muertos y yo no", piensa.) Ese año había nevado en Manhattan inesperadamente temprano. Entonces fue con María Isabel a Sachs y cumplió la promesa del abrigo de visón. Ella le propuso

estrenarlo con un paseo por la nieve del Central Park, como si todavía fuesen novios. Pero era 1962, estaba culminando la crisis de los cohetes soviéticos y Stevenson había citado en su hotel a los delegados confiables más importantes. Por la tarde, Elordi dejó a María Isabel en un teatro y postergaron el paseo de novios para la Asamblea General del año siguiente, sin saber que ya sería tarde.

Ahora Elordi cierra el *coffre-fort*, repone los libros en su sitio y borra en el estante con el pañuelo las marcas húmedas del vaso y de la nieve del Central Park.

Ha dejado el automóvil, porque el apartamento está en una calle cercana y puede ir a pie. Apenas sale, comienza una llovizna impalpable. Elordi camina con las manos en los bolsillos y la pipa apretada entre los dientes. Sus pies pisan las hojas del otoño y siente en la cara los dedos levísimos del agua. El calor aromático de la mezcla holandesa le pasa morosamente por la nariz. Elordi atisba por un momento una idea de una pureza absurda: que la caminata bajo la llovizna va hacia un lugar donde lo espera alguien que lo ama; al mismo tiempo piensa que la caminata durará siempre y que nadie está aguardándolo. Casi enseguida encuentra el edificio. Una fachada de mosaicos blancos asciende en la noche incipiente, pero entre el follaje callejero se divisan sólo ventanas apagadas y balcones de línea imprecisa. Elordi entra al jardín y por las grandes vidrieras del vestíbulo examina las paredes interiores de color púrpura, el piso de losas negras, dividido por finas líneas de bronce, la soledad de las construcciones caras y modernas. No hay sillones ni plantas; sólo las armoniosas proporciones del espacio vacío y un resplandor severo, difundido desde un punto oculto por la sabiduría del arquitecto. En el rectángulo de mármol negro

rodeado de vidrieras que forma su vano, las puertas de cristal y acero se abren sin esfuerzo cuando Elordi las empuja. En las paredes del vestíbulo no hay portero eléctrico ni otros aparatos: las superficies purpúreas están interrumpidas únicamente por los paneles de acero inoxidable de un único ascensor. En uno de los paneles está incrustado un pequeño disco de luz violácea. Elordi lo roza con un dedo y el circuito electrónico franquea el paso. Después de entrar Elordi, los paneles vuelven a juntarse con un rumor de rodamientos invisibles.

Los lados (también de acero inoxidable), el piso de un material negro y flexible, la luz indirecta y los círculos violáceos que indican los pisos en dos hileras horizontales sobre el metal, hacen del ascensor un objeto insólito, que sugieren otros usos. Elordi está vagamente intimidado, pero eso le pasa siempre ante la tecnología que no omite la belleza. Oprime el círculo séptimo. La cabina está tan bien balanceada que el movimiento sólo se nota en la iluminación sucesiva de las cifras.

Elordi experimenta la vieja sensación predatoria, olvidado del otoño exterior, de María Isabel muerta de un cáncer sin su paseo de novios, de la complacencia en debilidades anacrónicas. Desea hallarse de una vez en la mesa de juego, desea que llegue la medianoche. A esa hora, convenida ya por los socios, habrá evocado con el embajador Gómez Ansaldo la infancia y rescatado sus fragmentos compartidos: el aula olorosa a incienso en el colegio de la Sagrada Familia, con el ruido de la lluvia sobre los techos y un Cristo de tamaño natural, lívido entre hilos de sangre, que colgaba de clavos de verdad en la enorme cruz de la pared; los profesores de rostros olvidados, que reaparecían a veces, como recuerdo odioso, en la ojeada a un aviso fúnebre; los alumnos Gómez

y Elordi sorprendidos en un retrete, con las manos culpables, por el Hermano Antoine. Ese año, antes de los exámenes, Elordi ya había verificado que el alumno Gómez era un muchachito triste, despreciado por casi todos los condiscípulos, hijo de una familia arruinada de notables y que su gran corbata de luto era por el padre, un político joven muerto en un duelo famoso. Y ahora, avisado por las historias del contador, se dio cuenta también de que aquel niño con acné, dedos sudorosos y olor a leche agria, cuya corbata negra se le acercaba mucho a consultar su cuaderno, además de medio hermano del general difícil siempre había sido marica.

Los cien mil dólares están en su bolsillo y las apuestas del contador completarán el precio; en realidad, poco, porque en el subdesarrollo todo se abarata. A medianoche el niño marica, ya obeso y con el pelo teñido, estará sentado frente a Elordi y al contador; los demás, viejos compañeros de juego y comprensivos colegas de negocios, habrán abandonado, aparentemente excedidos por el pozo. Cuando las grandes fichas de nácar hayan sido empujadas al centro de la carpeta, Elordi bajará sus cartas perdedoras y dirá una sola palabra, como un ensalmo; el contador lo imitará tendiendo su pobre baza y el embajador, con los dedos siempre sudorosos, expondrá su mano ganadora y recogerá con lentitud las fichas. El decreto será firmado el lunes por el general.

De todas maneras, hay que esperar a la medianoche para que las caminatas por la nieve o por la lluvia del otoño se conviertan al fin en tentativas ridículas; para que la seguridad de la riqueza y el poder sea definitiva, para que no importe el desprecio de la hija solterona y consagrada a sus rosas (que no le habla desde que él entró al Consejo de Estado). Dentro del Lancia con placa diplomática estacionado bajo los pinos

del Pincio, el chulito romano recibirá su Rolex, consuelo de la breve separación. Besando la mano de la esposa del general difícil en el *foyer* del teatro Solís, Elordi comparará objetivamente, ya sin recuerdos inútiles, el nuevo tapado de piel que lleva la generala y el visón de Manhattan que María Isabel nunca estrenó. Ahora, con la mirada fija en los círculos violáceos, imagina esa purificación del dinero transmutado, pero como no quiere pensar a solas, ensaya en voz alta el ensalmo de la medianoche. "Paso." Dice la palabra y los paneles de acero inoxidable se abren, con su rumor bien lubricado, sobre una oscuridad absoluta.

Elordi se apresura a salir, para orientarse al resplandor de la cabina, pero a su espalda el ascensor se cierra con un eco sordo, llevándose la luz. Ciego, Elordi explora la pared, la superficie de las puertas sin disco de llamada y por último, empieza a golpear los paneles, que retumban inexpugnables. Después se le ocurre que los ruidos de la reunión podrán guiarlo y aguza el oído, pero no hay tintineo del hielo en los vasos, o conversaciones; ni siquiera algún sonido desde la calle o el reflejo de una ventana, o la línea luminosa en el umbral de una puerta. Por un instante Elordi cede a su desconcierto, inmóvil, con las manos apoyadas en los paneles fríos que son su única referencia confiable. Rechazando un temor que lo ha escalofriado fugazmente, saca el encendedor y da un paso adelante, al tiempo que su pulgar va a producir la llama. En esa fracción del acto, una noción repentina e inverosímil lo paraliza: su pie que avanza no encuentra el suelo, desciende en el vacío sin posibilidad de detenerse, arrastra a la pierna y al cuerpo sorprendido sin apoyo. El encendedor se le escapa de las manos y Elordi divide su voluntad en dos acciones reflejas y simultáneas: su

cuerpo, que no quiere morir, realiza un esfuerzo salvaje y tira del pie con todos sus músculos y nervios, las arterias del cuello a punto de estallar, y logra estabilizarse; su mente, entrenada sólo para lo lógico, rechaza la idea absurda y desautoriza la evidencia de los sentidos. En un fondo lejantísimo, allá abajo, oye el choque tenue del encendedor contra una superficie dura y permanece rígido en la oscuridad, con los pies juntos, sin parpadear. Gotas de sudor le resbalan por la espalda, con una frialdad diminuta. Las puertas del ascensor son su único dato cierto, pero cuando tantea hacia atrás, ya no las encuentra. Rechaza esa irracionalidad odiosa, porque el suelo sigue al menos bajo sus pies, innegable. Tiene la cara y el pecho empapados por una transpiración que le sala los labios y le arde en el roce del jersey, pero aguarda a que se calme un poco el pulso tumultuoso de la garganta y después se atreve a deslizar el pie derecho, primero hacia adelante sin levantarlo, haciéndolo reptar en zigzag. Repite la operación hacia los costados y hacia atrás; el otro pie cumple los mismos movimientos. Luego las manos giran metódicamente, explorando el vacío. Elordi descansa entonces unos segundos, flexiona las piernas con lentitud y queda de rodillas. En esa posición va palpando el suelo, deteniéndose estremecido cada vez que verifica inexplicables aristas irregulares donde termina el piso, cuyo material de poca consistencia se le desgrana entre los dedos. Desviando el cuerpo en períodos de paciencia infinita, se desliza sobre pies y manos, centímetro a centímetro y al fin su mejilla roza una superficie fría y ya familiar: las puertas del ascensor están en su sitio, o han vuelto a estarlo. Incorporándose, Elordi permanece de pie, el rostro y el vientre obstinadamente adheridos al acero, los brazos extendidos indagando con

cuidado la pared que debía circundar las puertas. Entonces, lo que por fin puede comprender le produce un relámpago de horror y al mismo tiempo la aceptación, como en los sueños, de ese horror. Mientras va cayendo otra vez de rodillas, Elordi se deja invadir por una conclusión atónita, a la vez sublevante y justa, que no puede refutar pero tampoco lo quiere. Las paredes y el piso han desaparecido; sólo permanecen los paneles del ascensor y la especie de cornisa donde él se agazapa, terminada en un borde anfractuoso que da al abismo. El vacío sin límites y la oscuridad rodean por todas partes ese islote incomprensible de materia, residuo de la realidad aniquilada. La luz, el sonido, las evidencias de la vida han cesado, sustituidos por su negación: el viejo terror elemental de las tinieblas y el silencio. Un olor fétido parece venir del vacío impredecible, hasta que Elordi descubre que es su propio sudor. Fuerza la parálisis de la lengua para oírse hablar al menos, pero no puede organizar ninguna idea. Ordena trabajosamente a sus labios un nombre de mujer que le viene del pasado, pero antes de llegar a formularlo lo olvida. En cambio, advierte que otra palabra va contrayéndole los músculos de la boca y se oye repetir "perdón", sin entender el significado de los sonidos, que se transforman en un hipo ahogado por la saliva. Acurrucado contra la puerta infranqueable, empapado, dormita sin medios para calcular el tiempo. Una de las veces que despierta, huele una variante de la fetidez que lo envuelve: un vaho amoniacal que no reconoce. Sólo al remover un pie en el zapato encharcado, advierte borrosamente que está orinándose.

El industrial y abogado Federico Elordi, viudo, ex ministro de Relaciones Exteriores, consejero de Estado por designación directa de las Fuerzas Armadas, empieza a llorar en

silencio. Las lágrimas y los mocos le resbalan por las comisuras y el mentón, mientras palpa con manos temblorosas (y ya ajenas) su entrepierna anegada y luego refriega los dedos contra sus ojos ciegos, trasladando a los párpados ardientes y apretados -bajo los que se suceden imágenes ocres y purpúreas sin sentido- y al rostro desfigurado por el espanto interminable, la elasticidad tibia de las mucosidades y la culpa, la humedad acre de la orina, la certeza de una condena, la imposibilidad de apelarla.

EXILIO

El hombre rubio, que viste un pantalón de fino casimir blanco y una blanca camisa de seda, está sentado en un amplio sillón. Lee un libro de Proust que tiene las tapas rojas y mira a través de unas pequeñas gafas de oro que le cabalgan en el rostro muy pálido. El resto de los muebles y la lámpara de pie, encendida pese a ser de mañana, son también blancos. Cortinas blancas y totalmente cerradas ocultan el ventanal de celosías bajas. Una ancha grieta que toma parte del techo, atraviesa la pared del ventanal y en algunos trechos deja ver ladrillos y argamasa. Junto al sillón dormita un gran perro blanco, con largas lanas sedosas que le tapan los ojos, mientras el hombre le acaricia distraídamente la cabeza.

El ambiente de la sala es apacible, pero desde la calle en ruinas del barrio cristiano llega el incesante tronar de la artillería siria. De vez en cuando un obús estalla muy cerca y el estruendo conmueve la casa y una lluvia de cal y fragmentos de ladrillo cae en las tablas enceradas del piso.

El tiempo se detiene en el aire enclaustrado. Un reloj invisible da la hora en otra habitación y las lentas campanadas son cubiertas por una explosión más prolongada y ensordecedora. El hombre levanta la mirada, cierra a Proust y se quita las gafas, que pliega y deja junto al libro sobre una mesa árabe de bronce. Cuando se pone de pie, el perro despierta y lo mira con amor, sin moverse.

El hombre abre un armario cuyos cristales tintinean con las explosiones y saca de allí una caja de metal. Dentro hay una jeringa hipodérmica y una gran ampolla con un líquido ambarino. El hombre carga la jeringa con movimientos precisos y calcula las dosis del veneno. Después se arrodilla con ternura frente al perro, que está mirándolo a los ojos, y le clava la aguja en el cuello. El animal se estira con lentitud y

va dejando caer dulcemente la cabeza entre las patas. El hombre vuelve a sentarse en el sillón, arremanga su camisa y se inyecta en el antebrazo el resto de la jeringa. La fatigada mejilla reposa en el respaldo blanco y familiar. Afuera, el cañoneo prosigue, invariable, pero ya no importa.

SNAPSHOTS

A Juan David

El auto reduce la marcha y se detiene junto a la acera de una callejuela de baldíos. Desde la Universidad nos llegan la música tropical y los ecos de las consignas comunistas, mezclados con vivas y aplausos. "Es la técnica de irlos emborrachando de ruidos", explicaba Bill. "Cuando llegan los discursos, ya están hipnotizados y las orientaciones entran mejor." Andrade me toca el brazo despacito, como si yo fuera un convaleciente. Le acepto un cigarrillo, me lo enciende y se pone a lidiar con su pipa. Lanzamos el primer humo hacia adelante, juntos por última vez. Nunca más el café en su despacho lleno de libros ("¿Ha leído a David Halberstam? Léveselo.") El único uruguayo con despacho propio en la Embajada.

En la tarde de agosto, casi la noche, ha empezado a lloviznar. "El tiempo conviene", dice Andrade, pero no le contesto. El invierno de Montevideo empañía el parabrisas, pero adentro se está bien. Como en Georgetown. Mi nuevo laconismo con Andrade, la despedida de Bill en el porche de Carrasco (su puño y el mío con el pulgar en alto, *everything under control*), los nueve tipos que dependerán de mis pasos, mi ropa todavía colgada en el apartamento de Maud, Nico en la sede del Movimiento con la radio sintonizada en la frecuencia policial, la salida ilegal por la frontera brasileña, son hechos solamente míos, la única realidad. Ni siquiera mi padre, con todo su poder, es capaz de anularla; ni siquiera Bill, que hace llorar a Nico, si se le ocurriera dar una contraorden. El molino de hechos se ha puesto a girar y los acumulo como documentos de identidad. Algunos son además certificados de nacimiento; prueban que Darío Méndez Muller vino por fin al mundo, veintitrés años des-

pués de haber nacido. En todo caso, éste es recién mi segundo invierno de verdad, contando el de Langley.

Antes de que apareciera Bill, a Darío no le gustaba el invierno. Cuando llegaban a Montevideo los vientos y el frío de julio, se iba con su madre al Brasil, pero no a Copacabana o Angras, sino a Petrópolis: las antiguas quintas portuguesas, la neblina, el olor de los pinos, los senderos boscosos cubiertos de hojas muertas. "Por algo el Emperador vino a vivir aquí", se extasiaba ella, paseando del brazo de su hijo en los mediodías adormecidos bajo el canto de pájaros extraños. En Petrópolis parecía más cierta la ascendencia de la señora, donde habría un Correia, venido con el general Lecor a la rendición de Montevideo. Siempre la dejaba triste evocar la fugacidad de la Provincia Cisplatina y que no fuéramos parte del Brasil, en vez de este país tan pobre y tan pequeño.

El padre nunca estaba para contradecirla; no iba con ellos en el viaje de invierno. Darío lo recordaba ajeno, siempre alejado en el Ministerio o la clínica. A veces se encontraban en la cena y hablaban, pero de otras personas, no de ellos mismos. Darío conocía mejor la vida de su padre a través de los diarios: qué pensaba, qué había hecho o qué iba a hacer el Ministro, el cardiólogo famoso o el seguro candidato a consejero de Gobierno.

En Petrópolis, Darío y la madre se tomaban una tregua de esos personajes y de otros: el amante de su secretaria, el padre que no miraba de frente al hacer una crítica, el médico joven que fue a Salto para casarse con la hija fea de un estanciero millonario con apellido alemán, pero dejó de dormir con ella para siempre, sin divorciarse, cuando quedó embarazada de Darío.

Durante esas ocho semanas de Petrópolis, el hijo suspendía la amortización de su deuda con el doctor Amílcar Méndez Ríos por el prestigio social, la casa en Punta del Este, la cuenta bancaria y la motocicleta. Correspondía incluir, también, haberlo llevado a la recepción del 4 de Julio en casa del Embajador, donde conoció a Andrade, que lo presentó a Bill Forbes. Hasta ahí la deuda. Por todo lo que vino después, no.

La demora del cigarrillo no es por mi culpa: estos minutos se los ha tomado el joven del pelo rubio que encanta a las putas finas. No confundir: lo mío es eso que el instructor llamaba "tensión operativa", pero lo de él es miedo. La crispación del estómago que se pasa a la entropierna no tiene nada que ver conmigo. Es del otro, que está aterrizado porque no sabe qué va a pasarnos. Yo lo sé. Como en el ajedrez, muevo una pieza después de haber imaginado todos los movimientos que vendrán; con mi jugada decido el juego de los otros.

Quedan unas pitadas, pero aplasto el pucho en el cenicero, distraigo a Andrade con una media sonrisa y salgo del auto. El ha estado preparando instrucciones finales o alguna de sus filosofías para jóvenes que nacieron a los veintitrés años; no le doy tiempo y cierro la puerta. Entonces tiene que inclinarse a través del asiento para asomarse a la ventanilla: la sonrisa falsa y la dentadura falsa, demasiado perfectas; la ansiedad, no tan falsa. "¿Se acuerda de todo, Darío?" "Me acuerdo de todo."

Ya no llovizna. Con las solapas levantadas, camino hacia la Universidad. El viento del invierno que recibo en la cara como un desafío, hace tiritar al rubio y lo despeina. Carlos

Puebla canta que la reforma agraria va. La mano indecisa, que anoche debió partir la boca de Maud, tantea en el bolsillo del sobretodo hasta empuñar la pistola, su acero tibio.

El viaje a Washington y a la Zona del Canal de Panamá para él y Nico Nielsen, que andaban siempre juntos en la Facultad, fue idea de Bill. El arregló todo y viajó unos días antes, para recibirlos en Miami. La primera mañana, cuando Bill salió de su despacho en la Agencia, donde los habían entrevistado varios hombres y mujeres que hablaban español, fueron a ver los bosques de Langley en invierno. Esa vez Nico y Darío estrenaron sus gorros de piel, iguales al de Bill. Hicieron la excursión muchas veces; bajaban del auto y se internaban entre los abetos. Bill les mostraba sobre la nieve blanquísima la hilera de pisadas de los ciervos, aunque nunca encontraron alguno. "Son ciervos de Inteligencia", explicaba Bill con un guiño y los hacía pararse en un lugar de la nieve donde diera el sol, a fotografiarlos. "Unas instantáneas para no enviar a la familia", bromeaba. "*Just a few snapshots not as a souvenir.*" Bill era una especie de maniático de la fotografía. En el auto siempre tenía la Contax para blanco y negro, con teleobjetivo, y otra cámara tipo *reflex*, con un costoso juego de filtros, para color. Antes de enfocarlos, siempre les acercaba al rostro un fotómetro. "Cuidado, tiene micrófono", reía. Durante el viaje les tomó más de un centenar de instantáneas, pero nunca les dio copias. "Para los archivos", decía. "*Snapshots are for the files.*" Fuera de Montevideo, Bill mezclaba su excelente español con el inglés, dirigiéndose casi siempre a Nico.

Los dos muchachos fueron huéspedes de la madre de Bill en su casa de Georgetown, un barrio que no parecía estar en

Washington, porque casi no se veían vecinos negros. Después de la cena, la señora Forbes llevaba el café a la sala de chimenea siempre encendida y ventanales empañados por el frío del verdadero invierno. Entonces Bill, que era del Partido Demócrata, empezaba con sus historias de John Fitzgerald Kennedy, amigo desde los tiempos de colegio. "Querían casarme con Rosemary, la hija tonta de la familia", contaba entre carcajadas, palmeando la rodilla de Nico. El fuego de los troncos hacía brillar el retrato del antepasado materno que vino en el *Mayflower* y fue acusador público en Salem. En esas noches, Darío iba encontrando las respuestas. Tal vez la nostalgia de la Provincia Cisplatina no era tan extravagante.

Luego de tres semanas viajaron con Bill a la Zona del Canal en un avión militar lleno de soldados taciturnos, que leían revistas de historietas o dormitaban. Ya en tierra, Bill sonrió al ver que Darío había bajado con el pasaporte en la mano. "No hay que entrar por ninguna aduana", le dijo. "Aquí no es Panamá. Todavía estamos en Estados Unidos."

Pasaron allí otra semana. Por las mañanas iban a escuchar las charlas que daban oficiales y suboficiales en un español pasable. De tarde, asistían a alguna clase de los cursos especiales, sentados al fondo del aula, o miraban los entrenamientos, entre el griterío obsceno de los sargentos y los coros con que respondían los soldados novatos, sudando bajo el sol vertical. Bill los llevó a ver cómo funcionaban las esclusas del Canal sobre el lado del Pacífico; también a hacer algunas compras en territorio panameño, adonde se entraba cruzando simplemente una calle. Pero Darío seguía pensando en la nieve de Langley.

Cuando volvieron al Montevideo abrumado de calor, la ciudad pareció a Darío mucho más sucia y pequeña; encontró

a su madre demasiado envuelta en sus ensoñaciones monárquicas. Echaba de menos el frío cristalino y los ciervos invisibles, la casa de Georgetown y la risa contagiosa de Bill, que en Montevideo no reía casi nunca.

Al llegar julio, la señora de Méndez Ríos viajó sola a Petrópolis. El Movimiento iba organizándose de a poco, sin propaganda y con muchas dificultades, porque Andrade era riguroso en la selección de la gente (sólo podían entrar estudiantes) y parco en los gastos. La sede, en la calle Tristán Narvaja, casi no tenía muebles, aparte de los largos bancos para las reuniones y de los proyectores que Bill les había comprado en Panamá. "Para el trabajo." Las noches estaban ocupadas en la discusión de temas políticos y en la redacción de un programa; a veces, en sesiones de audiovisuales o películas enviadas por Andrade, que mostraban la realidad oculta del mundo. Cuando aparecían lugares de Estados Unidos, provocaban en Darío el punzante placer agrí dulce de lo ya vivido. "Allí estuvimos..."

Nico había sido nombrado secretario general, por su conocimiento del inglés y sus cursos en Langley. Hablaba poco en las reuniones; más bien escuchaba a los otros y tomaba muchos apuntes. Una noche, durante una película sobre el comunismo en Cuba, Darío lo miró en la penumbra y descubrió su rostro contraído por el odio y sus lágrimas, visibles en el centelleo de la pantalla. Pensó si las respuestas que Nico encontraba en Bill bastaban a su vida; pensó que, en realidad, nunca había hablado con Nicolás Nielsen, sino apenas con Nico, el estudiante de Ingeniería; que no sabía si Nico tenía preguntas. Cuando se encendió la luz, los ojos de Nico estaban secos y el rostro afable, como siempre.

"¿Te acordás de los ciervos que no estaban?" preguntó otra vez a Nico. "¿Y si no estaban, cómo voy a acordarme?" contestó Nico, con tal genuina sorpresa que él renunció a seguir explicando.

Trabajaban mucho, porque el Movimiento, según decidió Bill, debía estar organizado antes de la conferencia económica que la OEA había convocado en Punta del Este para ese invierno. El mejor estímulo de Darío eran las tardes de los sábados en la casa de Bill, en Carrasco; la morada de un norteamericano divorciado y sin hijos, que nunca hablaba de su matrimonio, pero conservaba junto al retrato de su madre, el de su mujer. En esas tardes no se mencionaban temas políticos y la voz de Bill era la de las caminatas por los bosques de Langley y el fuego de la chimenea, como el de la señora Forbes.

El cuarto sábado Nico se demoró hasta la noche, pero vino por primera vez con su hermana. Darío detuvo el disco de Jelly Roll Morton que acababa de poner, para ser presentado. Maud Nielsen estaba aún más hermosa que hacía tres años, cuando él la miraba desde lejos en el casino de San Rafael. Eso era antes de encontrar a Nico y entonces ella andaba siempre con norteamericanos. El no había visto nunca una muchacha tan bella, libre como un hombre, sin amigas a su alrededor.

Esa noche Maud se quedó mirándolo sin soltarle la mano y dijo algo inesperado, con la voz pausada que él aún no había oído de cerca: "Nadie me había dicho que eras tan rubio". Andrade rió, plácido, mientras ponía en marcha el piano de Jelly Roll. Bill levantó su vaso en un brindis silencioso, que parecía al mismo tiempo un permiso. Las ventanas estaban empañadas por el frío. Maud tenía los ojos grises del bisabue-

lo danés, armador de barcos y pirata de naufragios costeros, que se había hecho dueño de las mejores tierras de Maldonado. Pero afuera estaba Carrasco, no Georgetown, y ella era sólo un poco mayor que Darío y apenas más alta, pero sobre todo menos imposible que antes.

La explanada de la Universidad hormiguea de rostros idiotizados. El Paraninfo debe estar repleto; el invitado principal ha entrado, según los que vieron su llegada, directamente por la escalinata. No hay oratoria, todavía; los altavoces siguen aturdiendo con las guarachas de Puebla. Hacia Guayabos aparecen las filas de los coraceros y dos autobombas de la Policía. Más allá de las torretas giratorias y de los caballos, está la casa con el portón de hierro blanco, sin chapa ni letreros, igual a cualquier casa modesta del Cordón. Esa era mi casa verdadera, más que la quinta del doctor Méndez Ríos en el Prado o el apartamento de Maud en el Parque Rodó. Nico, en un cuarto del fondo, está solo; se ha quedado en la sede del Movimiento para ir enterándose por la radio de todo lo que voy a hacer.

Aquí, rozado por las corrientes que se forman en la multitud inquieta, estoy tan solo como él. Y en el auto que lo trajo de la conferencia de Punta del Este o en el estrado del Paraninfo, el blanco siempre ha estado solo, aunque se rodee de partidarios y guardaespaldas. Y desde que los automóviles enfilaron por la carretera hacia Montevideo, Nico y yo somos sus únicos acompañantes verdaderos, porque sabemos el final y los demás no.

Una mañana de domingo Bill, Andrade, Nico y Darío eran las únicas personas en la Embajada silenciosa, aparte de una telefonista y los *marines* de la planta baja.

El haz luminoso que atravesaba el despacho de Bill, reflejaba en la pantalla y a veces en su camisa o en el brazo con un puntero, barbas que masticaban un habano, sonrisas y, de pronto, el rostro de un negro muy serio con un sombrero anticuado. "Es capitán, pero le hace de chofer", dijo Bill. El puntero tocó el ala del sombrero. "Lo compró en Nueva York hace años y nunca se lo quita." Después desfilaron otras caras y ampliaciones de los guardaespaldas, que mostraban el bulto de las armas bajo la ropa civil. "Es fácil seguirles los movimientos; ninguno usa canana y llevan la pistola metida en la cintura." Finalmente, Bill apagó el proyector y entreabrió las cortinas venecianas sobre la calle Paraguay. El sol anémico entró en franjas horizontales. En la penumbra, el piso de madera olía a recién encerado y en el aire flotaba el aroma extranjero de la pipa. Andrade habló desde el humo, sin dirigirse a nadie en particular: "Un hombre nunca será dueño total de su propia vida, mientras no sea dueño de la vida de otros hombres." La frase incongruente, en realidad volvía atrás, retomando la primera conversación de los cuatro que no se había cerrado. Andrade la dijo y pareció simplemente la continuación de un diálogo y una conclusión razonable. El silencio, con el olor del piso, era como el de los despachos de la Agencia en Langley.

Entonces Darío salió de ese recuerdo repentino y vio a los otros serios, observándolo con una confianza nueva, que lo dejaba aparte y por encima de ellos. Bill era el jefe y fue el primero en hablar. "¿Sabe, Darío, quién va a hacer esto?" La pipa ponía el aire azul entre los cuatro. "Usted", dijo Bill.

“Vos”, dijo Nicolás Nielsen, mirándolo a los ojos. “Vos”, dijo Maud, a horcajadas en Darío, oprimiéndolo con sus piernas perfectas y echada hacia atrás sobre los brazos, sin abandonar el movimiento del placer. “Vos, mi único amor.” “Sí”, dijo Darío a Maud, atrayéndola hacia él y hundiendo la boca en sus senos, exhausto pero maravillado por las respuestas de su nueva realidad.

Frente al Paraninfo todos están en grupos; caminar solo da la sensación de una libertad que no comparto con nadie, ni siquiera con Nico. La multitud que va espesándose no es todavía la masa que se escucha, como define Bill, en burla a los actos de la izquierda. Los comercios están bajando sus cortinas metálicas y por 18 de Julio el tránsito circula ya con dificultad, sorteando a la gente que ocupa la calzada. Unos vendedores de escarapelas me ponen por delante sus trapeños; una muchachuela envuelta en una bufanda roja me muestra una libreta de bonos y grita algo cuando estamos pasando debajo de un altavoz, mientras arranca un bono y me lo deja en la mano. Con una reacción mecánica, le doy un billete y sigo caminando. En el bolsillo de la pistola, el bono se convierte en un papel arrugado.

El alumbrado público empieza a encenderse y los rostros toman la luz artificial de un escenario. Desde el Paraninfo, un entusiasta termina a los gritos la presentación del orador y estallan los aplausos. La gente de la explanada también aplaude, pero va callándose en medio de chistidos, al elevarse la voz juvenil que conozco por las cassettes. Habla lentamente pero con determinación, estirando las vocales al final de las palabras. (“Observe: ya pronuncia como si fuera cubano.”)

Ahora la gente está en silencio, escuchándose. Apartado en medio de la calzada, donde ya no pasan vehículos, siento frío y dejo de prestar atención. (“No lo oiga; usted no estará allí para eso.”) Espero solamente que se calle la voz del Paraninfo. Entonces lo veré por primera vez en persona. Alguien dice a mi lado: “También se puede matar a una fotografía” y soy yo quien lo ha dicho, en voz alta. Pero las fotografías no hablan, ni traicionan. Maud es la fotografía de una hermosa mujer con el cabello en desorden, arrodillada sobre la alfombra. Yo soy apenas una *snapshot* guardada en los archivos de Bill. “¿Una fotografía debe matar a otra fotografía?”, pregunto a un viejo que tengo delante. El viejo se da vuelta y me mira con ojos sin expresión. “No con calibre 22”, le aclaro.

La estancia en Valle Edén era de un brasileño amigo de Bill, que venía pocas veces al Uruguay. Llegábamos en grupos de cuatro o cinco en el Volkswagen de Nico, con las escopetas 22 y el equipo de acampar. Un viejo encargado nos daba las llaves de las porterías y seguíamos hacia el monte. Las pistolas venían con sus peines de repuesto en un bolso de herramientas. No sé dónde Nico había conseguido las siluetas de papel que fijábamos en los árboles, como blanco. Las prácticas eran muy temprano o al caer la tarde, cuando los disparos podían ser contra los carpinchos del arroyo o las perdices. Un mediodía fui hasta la estancia para hablar por teléfono. Después el viejo me acompañó hasta el auto y me ayudó a acomodar el medio cordero que había limpiado para nosotros. Mientras yo encendía el motor, se acercó a la ventanilla, mirándome con ojos sin expresión. “¿Con qué arma están tirándole al bicherío?”

“Elegir entre una fotografía y un hombre”, digo todavía dando al viejo de la explanada, inútilmente, su última oportunidad. Estoy resfriándome, con este plantón al viento crudo de agosto; quizás tenga un poco de fiebre. Si las fotografías fueron suficientes, si hubo bastantes momentos para pensar a solas, sin Andrade y sin Bill y sin Nico, si las noches alcanzaron para entender a Maud, entonces podré armar el rompecabezas y elegir. El hombre de la boina negra con la estrella de comandante es otra *snapshot* de Bill; nunca le estreché la mano, nunca lo toqué al pasar, como hago con este señor. Para odiarlo o amarlo, o para indultarlo, tendría que haber visto achicarse los ojos rasgados, tratando en vano de reconocermé, cuando me acerque y ya pueda ser tarde.

El blanco sonreía en una tribuna, con el brazo izquierdo en alto y el puño cerrado. Se adivinaban los aplausos, los coros de consignas. El puntero se detuvo bajo el brazo y marcó un costado del bolsillo con lápices y dos habanos. “Esta es una de las zonas vitales”, dijo Bill. Y añadió, con una sonrisa: “No vaya a estropear los cigarrillos.”

El Gordo y sus perros (como los llama Andrade) circulan por la explanada: son nueve en total y dos están adentro. Todos llevan sus identificaciones oficiales y sus armas de reglamento, aunque el imbécil que figura como jefe de Policía no sabe nada y seguirá sin saberlo. Los perros se han puesto en la solapa un botoncito blanco, para que los reconozca. “De todos modos”, me dijo Nico, “ellos van a estar mirándote, sin que los busques.”

El Gordo tiene siempre olor a pies y la barba como un rastrojo sucio. ¿Y qué pasa si después no voy hasta el

Chevrolet con matrículas falsas y el motor en marcha, estacionado en Lavalleja y Acevedo? En el volante, el Gordo se pondrá a sudar como un bicho, inundará el auto con su mal olor, se arrancará puteando el botoncito, perderá por fin la impavidez profesional. Y mejor si paso lentamente, mirándolo sin reconocerlo y no entro al auto, rompiéndoles el plan y desacomodándoles la vida. Yo, siguiendo de largo, nadie sabe hacia dónde; detrás, el alboroto de los cordones policiales inútiles y el Gordo, a los gritos por la radio, tratando de explicar lo inexplicable; Andrade, atónito, pensando que me conocía bien, pero resulta que no; que podía manejarme, pero resulta que tampoco; que yo no era capaz de traicionar, pero resulta que sí.

Debo estar sonriendo, porque un tipo insignificante, con el botoncito en la solapa, me dirige una mirada de complicidad. Voy a mandarlo a la mierda, cuando la voz del Paraninfo arranca una explosión final de aplausos y gritos, adentro y afuera. Las pancartas y las banderas se agitan en la explanada. Viene ahora un himno que habla de correr al combate, pero no sé si es el himno cubano. La gente, entre la barahúnda, empieza a desplazarse hacia Acevedo, porque el blanco saldrá por la puerta lateral que comunica con el Paraninfo. He llegado antes y estoy enfrente. Cuando los dos grandes automóviles diplomáticos aparecen lentamente desde 18, cruzo al medio de la calle, por donde pasarán para recoger al blanco. La pistola está sin seguro.

La multitud de la explanada se agolpa frente a la puerta, que por fin se abre. La exclamación colectiva y los relámpagos de los flashes avisan que el blanco ha aparecido. Tengo que decidir: aproximarme entre el gentío o conservar la

posición. Me quedaré; verlo de cerca es sólo un capricho personal.

Hombres que saben manejar la situación despejan en la acera un corredor de espaldas; por allí cruza la boina con la estrella de oro en medio de un grupo con manos en alto que saludan. La gente corea la sílaba del nombre. Un reflector se enciende para iluminar la despedida y los portazos clausuran la escena. Los automóviles empiezan a moverse, sin que las motocicletas de escolta hayan llegado. Corro en diagonal y salgo al encuentro de la comitiva. El anticuado sombrero de Nueva York conduce el segundo coche; la boina con la estrella viene a su lado, pero los reflejos en el parabrisas la ocultan a cada momento. La calle se ha ido llenando de gente que corre junto a los automóviles y no puedo detenerme para tomar distancia de tiro. El primer coche abre camino, haciendo sonar su claxon. Los faros convierten a la muchedumbre en imágenes blancas y negras: la blancura de las caras, los agujeros negros de las bocas, las siluetas de todos, que vuelven a ser sombras cuando las luces han pasado. El claxon continuo me traspasa la cabeza; el segundo coche ya está sobre mí, retratándose con sus faros y yo tengo la pistola empuñada con las dos manos, pero apoyo una sobre el guardabarros con la bandera de Cuba, para ver por fin la cara del blanco. No podré; él está vuelto hacia atrás, hablando a los otros. Es el límite del plazo para obtener el último documento de identidad. Todo se detiene una fracción de tiempo ante un obturador abierto y yo integro esa fotografía nítida y acusadora. No quiero ser una fotografía. Los disparos tienen un sonido nuevo, pero los retrocesos van conmoviéndome la mano como en Valle Edén. Un gran alarido sale de las

sombras que corren y un puñetazo, como una estrella que se abriera, me estalla en la frente. Después el pánico de todos me arrastra lejos de los automóviles lanzados a toda velocidad y me arroja contra la pared. Caigo de rodillas; cuando me levanto, la pistola caliente está en el bolsillo. Nadie repara ya en mí y tengo tiempo de ver todo: el cuerpo de un hombre, con el abrigo manchado por la sangre que le mana de la boca, es cargado como un pelele por un policía y varios muchachos, mientras una mujer los sigue, llorando a gritos. Durante un momento me aplasto contra una puerta y todos pasan a la carrera. Después yo mismo corro y siento la fiebre, la sangre y el terror del otro.

Más adelante, los ruidos, las sirenas y el llanto de la mujer se han borrado. Los grupos van disgregándose, en silencio. Vuelvo a caminar, desapercibido. El Chevrolet está en su sitio y el Gordo ha encendido los faros. Paso sin mirar y con un solo movimiento saco la pistola y la arrojo por la ventanilla abierta. Después sigo hacia el Sur.

A veces los tobillos me fallan, a veces la cabeza se me cae sobre el pecho. Llevo las manos en los bolsillos del sobretodo y con la derecha palpo el bono de la muchacha de la bufanda roja, como un salvoconducto inútil. Cuando el rubio intenta que nos detengamos, yo me resisto apretando los puños. No sé por dónde vamos hasta que doblo la esquina de una avenida y veo el Parque Rodó. Me acuerdo de Nico, parado en el portón blanco y esperándose para que lo recoja, pero no regresaré nunca más a esa casa. Yo no tengo casa.

Atravieso el ensanche donde termina Gonzalo Ramírez y comienzo a subir la cuesta curva de Javier de Viana. Después me paro bajo un árbol, mirando hacia la ventana iluminada del tercer piso, enfrente. Tengo que subir, lo he

prometido anoche, para que todas las cuentas queden cerradas. Y tal vez sea la herida de la frente que sigue sangrando, tal vez la risa de Andrade en coro con la de Maud, pero el miedo que hace temblar al rubio me clava donde estoy.

“¿Se acuerda de todo, Darío?” “Me acuerdo de todo.” La misma luz ámbar se filtraba anoche por la ventana del tercer piso y el ascensor estaba descompuesto o mal cerrado, cuando volví de la reunión en la sede, que seguía, para recoger una carpeta. De todo, Andrade: de la escalera subida a oscuras, del llavero revisado a tientas, de la llave que giró silenciosa para no despertar a Maud. De todo, Andrade, dueño de la vida de otros hombres: del aroma del tabaco de pipa extranjero que vino a mi encuentro; del único paso que di en la sombra de la puerta, para ver a Maud sobre la alfombra con su ropa en desorden, la mano de alguien guiándole la cabeza entre las rodillas de alguien. Y de la risa incontenible de Maud, a veces ahogada. El humo azul salía ya por la puerta, que cerré sin ruido, yéndome.

El árbol es real y me sostiene. No cruzo la calle. En mi bolsillo, el salvoconducto prueba quién soy y qué puedo hacer con la vida de otros hombres. Pero ese papel arrugado es todo lo que tengo y el miedo se transforma en terror de subir al tercer piso, donde estoy muerto desde anoche. Maud es también una de las *snapshots* que Bill no devuelve. Yo, otra instantánea y el puntero señala mis zonas vitales. En el archivo de las *snapshots* sólo puede entrar Andrade.

Empiezo a bajar hacia el Parque. El rubio ya no tiritita y le paso la mano por el cabello despeinado que admiran las putas finas.

Una pareja caminaba abrazada por la orilla del lago. “Mirá ese tipo”, dijo la mujer, deteniéndose a unos pasos de

Darío, que estaba boca abajo, apoyado en las manos y con la cabeza casi metida en el agua helada. Comenzó a llover, sin que él pareciera darse cuenta. “Está vivo, ¿no?”, dijo la mujer. “Sí”, dijo el hombre, “pero no mires ahora, ni pises por ahí. Se ha vomitado encima toda la inmundicia que tenía en las tripas.”

Texto distribuido mundialmente con una telefoto de la Associated Press, en agosto de 1961:

(mon-1) Montevideo, aug. 18 (AP) Un particular y un policía conducen hacia un automóvil el cuerpo de Arbelio Ramírez, muerto por una bala en el cuello durante un desorden originado en la Universidad de Montevideo, inmediatamente después de un discurso pronunciado por el ministro de Industrias de Cuba, Ernesto “Che” Guevara.

(AP) sochs.

**ASISTENCIA A LA ASOCIACION
PARA DELINQUIR**

Lo declarado a continuación es la verdad de los hechos. El requerido cuyo nombre conocido por mí es Revelli, me llamó al Banco por la tarde, ese día que ustedes dicen. Fui al teléfono bien seguro de que el jefe me controlaba desde su escritorio. Me tiene marcado; cuando salga, esta averiguación va a perjudicar mi foja, pero han sido las circunstancias, que a uno lo van arrastrando, sin darse cuenta. Son las ideas de la juventud y uno no piensa que ya es grande. Mi esposa es contraria a todo esto; ella no tiene nada que ver. Con dos años de matrimonio, todavía no entiende que se puede tener ideas y ser al mismo tiempo una persona responsable. Yo pongo cada cosa en su lugar: la política es la política y la familia es la familia. Le decía, cada vez: "¿No llevamos una vida como todo el mundo? ¿No tenemos todo lo que nos hace falta, hasta el auto?" No recuerdo la hora, no. Fue como a los quince minutos de abrir el Banco. Estuve seco, por el jefe, pero además porque es mi estilo con esta gente. Me han dicho que el jefe va apuntando cada llamada y hace una estadística para la gerencia de Personal, empleado por empleado. Habría que preguntarle, sí. La pachorra de Revelli me sacaba de quicio. Siempre sin apuro, como si el tiempo fuera de él solo. Ya se sabe (bueno, a ustedes no voy a decirles) cómo están los teléfonos, pero por más que se lo repetía, todo le resbalaba. "Al fin y al cabo, Chaná, sos un dirigente gremial, un delegado de la Asociación en la Mesa de la CNT", me contestó un día, no sé si en broma, mientras caminábamos por la playa del Cerro, donde está la casita. "Hay que jugársela un poco." Yo era Chaná, sí. Eso fue a fines de octubre, cuando cayó la casita. No recuerdo el día, no, pero había mucho viento. Si lo pienso bien, no entiendo a este tipo. Mejor dicho, créanme, no los entiendo a ninguno de ellos. Andan a cara

limpia, citan en cualquier café, se demoran una barbaridad en el teléfono, funcionan como si fueran gente igual a nosotros. Nunca cuentan nada de ellos mismos sobre lo que piensan. No las ideas, sino lo que realmente piensan hacer. Por eso les vengo diciendo a ustedes que yo no sé nada de planes, ni de operaciones. A mí no me lo contaban, por lo menos. Este, ni sé siquiera si se llama de verdad Revelli; firmaba con un garabato los recibos de los libros que vende. A veces lo veía venir por Rincón, con su valija y los pies planos (sí, creo que tiene pies planos) y pensaba que yo debía estar loco para confiar en ese tipo. Y después me decía que en quién, si no. Pero ni una discusión política seria, ni un planteo, ni una opinión. Al principio le tiraba de la lengua, claro que sí. "Viejo, hoy el Partido les dio con un hacha, en el editorial sobre las dos vías." Se quedaba mirándome, masticando las pastillas de menta que no se le caen de la boca. No sé la marca, no. Y él, como siempre: "Compartimentación, Chaná. Más acción y menos polémica. Releéte las Treinta Preguntas." Sí, yo era Chaná, ya les dije. No sé quién me lo puso. "Son unos inconscientes, nada les importa nada", decía mi mujer. "No tienen familia establecida, ni obligaciones de seres normales, ni piensan en el futuro de sus hijos." Yo le contestaba, aunque no estaba muy seguro, que en el futuro sí, pero ella nunca se ha metido en esto y creo que tiene razón, desde su punto de vista, porque está influida por la hermana. "Te usan", me dijo una noche. "¿Cuándo vas a darte cuenta de que te usan, de que no les importás como ser humano, porque para ellos sos un burgués? ¿Cuándo vas a darte cuenta de que no tenemos nada que ver con esos disparates de cambiar lo que ya está bien, no digo que sea perfecto, pero ése no es el modo? ¿No has visto cómo los matan todos los días?" Sí, la conversación por

teléfono, ya, ya. "¿Que querés?", le dije. "¿Viniste con el auto?" "Claro. ¿Qué se te frunce, ahora?" "¿Siempre el Fiat blanco?" "¿Y cuál va a ser? Mirá, tengo gente esperando en la ventanilla." "¿Compraste algún libro nuevo?" "Sí", le dije, y vigilaba al jefe en el reflejo de un vidrio. "Ahora disculpa-me, pero tengo que cortar." "¿Leíste lo de ayer en la sucursal de tu banco?" "Sí. Tengo unos libros nuevos. Así que este mes no vengas." "¿A qué hora salís?" "Son unos cuantos. Entre seis y siete. Pero no cuentes con esos, porque son prestados. Bueno, te dejo." "Esperá, esperá un poco. A las ocho, entonces, que ya es de noche. Pará el auto en Canelones y Requena. Hay que levantar a uno." "Ni soñés. No voy a comprar un libro más. A mí no me usan, ni vos ni nadie, ¿sabés? Te importa un carajo mi situación." "Chaná..." (sí, lo dijo por teléfono). "Chaná te importa dos carajos." (Sí, yo también, pero fue la furia.) "Lo levantás ahí y lo llevás a otro lado, cerca, que él te va a decir. Quince minutos apenas y las ocho es una hora piola." "No sé, no te prometo nada." Fui, ustedes saben. Esa noche tenía que encontrarme con mi mujer, mi cuñada y el marido, para cenar en Morini y después ir a la Comedia Nacional. El ya había sacado las entradas o las consigue en el Ministerio, no sé. ¿Se acuerdan de cómo llovía esa noche? Estacioné el auto sin luces y me pareció mejor parar el limpiaparabrisas. Así no veía lo que pasaba afuera, para sentirme más seguro y el auto parecía sin gente. A las ocho y media no había aparecido nadie y yo iba por el cuarto Republicana. Los cigarrillos negros me dan acidez, pero mala suerte, son mi único vicio. "Costumbre por haber nacido en La Teja", me carga el marido de mi cuñada. Cuando no anda de uniforme se pone chistoso, al menos en familia. A las nueve menos cuarto el auto estaba lleno de

humo, pero no bajé la ventanilla. Revelli me había dicho que ustedes se fijan más en los coches estacionados sin luces y con los vidrios bajos. Me puse un Republicana apagado en la boca, dejé la cajilla fuera del alcance de la mano y entonces dieron los golpecitos de siempre en el techo... Dos-dos-tres-uno. Y le abrí la puerta. Identificarlo, sí. Flaco, como de veintiuno o veintidós años, rubio, gorra de visera a cuadros, sin abrigo, con una campera de cuero empapada. De clase media pobre, como un estudiante de la Universidad del Trabajo. Al principio no lo miré bien, por el arranque y los cambios; lo único que quería era irme de una vez. Se sentó contra la puerta. El auto se llenó de un olor a ropa mojada y a sudor. "¿Adónde?", le dije. "Vengo de parte del de los libros, que tiene con usted el crédito doscientos ochenta y dos raya setenta." "Sí. ¿Adónde?" "A la Rambla, frente al club de golf. ¿Podrá?" Tenía una voz débil, medio ronca, como si fuera asmático o estuviera muy cansado. O las dos cosas, tiene razón el señor. Tomé por bulevar España manejando despacio, porque la lluvia nublaba el parabrisas y se oía el agua de la calle inundada resonando en la chapa del piso. Me imaginé que el agua podía mojar los frenos o las bujías. Tenía miedo, claro, de que hubiera que llamar al auxilio del Automóvil Club, en mi situación. Dicen que ustedes controlan todas esas llamadas. Al muchacho nunca lo había visto, no señor. No me dijo si había estado en lo de la agencia. Puede haber sido el efecto de la luz verde del tablero, pero me pareció enfermo. Tenía una cara chupada, lampiña. El agua le chorreaba por el pelo muy largo. Lunares, no me fijé. Olía cada vez peor, pero cuando quise abrir un poco la ventanilla de su lado, me tocó con la mano húmeda, para que no. "¿Tenés miedo?", le dije. "No, un poco de frío." "¿Comiste?"

"Esta mañana. Café con leche, pero tuve que irme del bar antes de terminarlo, porque pusieron el informativo de la radio." "¿Dónde dormiste anoche?" "Por ahí, en los trolebuses." "¿Querés un cigarrillo? Son negros." "Bueno." Agarró la cajilla y sacó uno, pero mojó casi todos los demás. Encendí el mío y al darle fuego, vi por primera vez que llevaba en las rodillas un bulto envuelto en diarios. Sí, a eso voy. Por los agujeros del papel mojado vi la lona de una de esas bolsas que usamos para el dinero. Claro, las manejo en cada arqueo. El nombre del Banco no se veía, al menos de mi lado. "¿Por qué no lo ponés detrás, en el piso?", le dije. Me miró sin hablar. Tenía unos ojos que no parecían de la cara, grandes, de pestañas espesas. No, no pude verles el color. Eran lo único que mostraba vida en ese muchacho. Todo lo demás, el cuerpo, los brazos, las piernas, iba tirado en el asiento de cualquier manera. No sé, de mi altura, más o menos, uno setenta y cinco. Daba la impresión de un maniquí, no puedo explicarlo bien. Un maniquí raro, un muñeco como muerto y al mismo tiempo lleno de rabia. Pero los ojos no tenían nada de rabia; estaban como perdidos de amor o algo y, cada vez que pasábamos por un foco de bulevar Artigas, le brillaban en la cara medio escondida por el cuello de la campera. No sé bien el color de la campera. Negra, o marrón. No me contestó, ni soltó el paquete. Le cruzó las manos encima, simplemente y se encogió más en el asiento, fumando. Se me ocurrió preguntarle si había sido grande el lío del achaque, por el muerto de ellos. "No sé, yo sólo tengo que entregar esto y el fierro." Cuando oí el ruido, primero creí que estaba llorando y le eché un vistazo de reojo, pero a lo mejor era la lluvia en las pestañas. Después lo miré sin disimulo y qué iba a ser llanto; se estaba riendo sin mover los labios y sin quitar el

cigarrillo de la boca, riéndose para adentro. Lo raro, saben, fue que no me sentí ofendido. Mejor dicho, me di cuenta de que la risa no era conmigo, ni contra nadie, no sé si me explico. Le salía despacio por la nariz, con el humo, como si estuviera fumándose al mismo tiempo los pensamientos y un amor general. Amor, dije. Era algo bueno. Por lo menos ahí, manejando entre la lluvia y sin saber que ustedes ya venían detrás, esa risa me hacía bien. Esto no lo ponga, pero se me ocurrió, de pronto, que uno podía realmente, sin dar razones, sin hablar, ir queriendo a todo el mundo para cuando esto terminara, hasta a ustedes, a condición de que todo estuviera hecho. Esa parte duró un momento. Empecé a decir algo, pero al entrar en la Rambla se me cruzó un camión y creo que eran las Fuerzas Conjuntas. De todas maneras, cuando lo miré otra vez había cerrado los ojos y hasta pienso, ahora, fíjense, que lo de la risa pudo ser imaginación mía. El estaba contra la puerta, oliendo a perro mojado y con su envoltorio roñoso, lo único que tenía en la vida y ni siquiera era suyo, ni siquiera le servía para tomar un café con leche hasta terminarlo. Esperen, carajo. Casi en seguida me avisó, "Es aquí" y arrimé el auto a la vereda. No, frente a los taludes del club de golf. Le alcancé los Republicanos que me quedaban. "Llévatelos". Me miró con aquellos ojos más viejos que él, capaces de mirar el futuro. Ya les dije que el color, no, ¿o son sordos? "No vale la pena, no tengo fósforos", dijo. Entonces saqué el Ronson de oro que mi mujer me regaló en el primer aniversario y se lo alargué con los Republicanos. "Tomá todo", le dije. "Compañero", le dije después y él sólo tomó los cigarrillos. Me pareció oírle "gracias", mientras se iba en la lluvia. No me acuerdo de la hora exacta, ni si siguió por la Rambla. Ustedes, que estaban llegando, ¿no se fijaron? (No entiendo

por qué no me detuvieron allí, en vez de hacer toda esa película en el hall del teatro, dicho sea de paso.) Volví al Centro por la Rambla y todavía estaba a tiempo para llegar a la Comedia. Sentía unas ganas de fumar como nunca o de hacer algo y puse la radio, porque no tenía cigarrillos ni nada, ni nada. Dije en voz alta: "País de mierda, milicos de mierda". Claro que por ustedes, milicos de mierda. A la altura de Ejido, mientras manejaba, fui abriendo las ventanillas, porque había dejado de llover y quería que se fuese el olor antes de que subieran mi mujer, mi cuñada y el mierda del marido, que es como ustedes.

Ahora firmaré, sí, grandísimos hijos de puta.

EXILIO

A Dinorah y el Negro

El niño tiene seis años y ha pasado la mayor parte de su vida en una ciudad escandinava, traído por sus padres desde un país que, para él, era todo el mundo conocido y hoy es apenas un indeciso recuerdo.

Todas las mañanas, la madre camina con el niño hasta la escuela del nuevo idioma. Cuando va a recogerlo de tarde y vuelven a la casa, encuentran al padre. El ha terminado su trabajo, pero empiezan entonces, para la pareja, las tareas del destierro político: las publicaciones, los volantes, los carteles, las reuniones con otros exiliados. El niño asiste a todas o va con ambos por las noches, absorto en descubrir los rostros y los nombres de los presos políticos, sólo vistos en carteles de denuncia.

Una noche oye a los padres en una conversación distinta: ella debe comenzar un empleo y el horario le impedirá llevar el niño a la escuela; el padre tampoco puede hacerlo.

El niño interviene: irá solo. Cuando los padres dudan, deposita ante ellos el argumento de un rostro y un nombre que el país le ha transmitido como una de las claves del destierro: sabe ir, porque la escuela, aunque haya que doblar por tres calles, está enfrente al décimo cartel que pide la libertad de Raúl Sendic, a contar desde la casa. Y gana.

Cada madrugada, el padre repone los carteles rotos en el itinerario del nuevo Pulgarcito. Desde la cárcel, Sendic lleva todos los días un niño a la escuela.

LOS EJERCITOS INCIERTOS

A Mónica Ertl

La muchacha rubia puso el importe en el teléfono londinense, esperó el sonido y marcó un número internacional que había aprendido de memoria. Cuando le contestaron dijo solamente el número de su falso pasaporte belga, escuchó un instante la voz desconocida diciendo una contraseña y agregó: "El lunes de mañana, a las diez". Después colgó el teléfono y se quedó mirando a los niños que se revolcaban gozosos en el césped de Hyde Park. Una mujer gorda con una capelina blanca enmarcándole el rostro iracundo, tamborileó en la puerta de la cabina roja, pero la muchacha siguió mirando a los niños, o tal vez al sol pálido sobre el césped muy verde. Salió al fin y caminó lentamente hacia la calle Oxford, mientras consultaba un plano de la ciudad. En la explanada del parque un orador vio que se acercaba y, sin callarse, examinó su rostro delicado y sus grandes ojos claros. Cuando la muchacha se detuvo en la primera fila de la docena de oyentes, el orador encontró de pronto la idea que había estado buscando hacía diez minutos para terminar, dando ocasión a que su mujer pasara la bolsa de terciopelo entre el grupo. "Si no nos proponemos todos, cada uno, aniquilar a la Bestia del pecado, entonces os digo, hermanos, que la Bestia seguirá viviendo entre nosotros." Cuando llegó la bolsa hasta ella, la muchacha puso una libra y pensó: "El peaje". El orador permanecía con los ojos cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho, calculando si la colecta alcanzaría para el almuerzo.

En la Heilwigstrasse de Hamburgo comenzó a lloviznar y el Cónsul apuró su paseo higiénico de todos los días. Frente a la estación de policía el agente de guardia lo saludó como siempre y él tuvo otra vez la tentación de corresponderle con

la rígida venia prusiana que el instructor alemán enseñaba en la escuela de cadetes.

El Cónsul seguía siendo coronel en el ejército de su país, pero en los últimos cinco años sólo se había puesto el uniforme cinco veces (una, cuando se graduó en la academia norteamericana de especialistas). De todos modos, reprimió el impulso de responder con otra venia. La escuela de cadetes estaba perdida en los años vertiginosos. También habían quedado en el país lejano los recuerdos de un coronel vestido de civil.

Bajo la llovizna de Hamburgo, el Cónsul casi no podía imaginarse ya cómo había sido aquel caserón rosado frente a una plaza, donde los detectives entraban y salían todo el tiempo, ni la ventana con rejas de su despacho, por la que acechaba la llegada del Presidente al Palacio, situado junto al ministerio de Gobernación. Tampoco la calle de piedra y aceras empinadas, que los indios descendían trotando con sus breves pasos milenarios, ni el sol violento en un cielo de azul hondísimo, cercado de nieves eternas y compuesto de un oxígeno tenue donde los cigarrillos extranjeros se apagaban. A veces recordaba un sótano del Ministerio y aparecía un hombre moreno y sudoroso, desnudo y con los ojos llenos de lágrimas, que respiraba con lentitud ante los reflectores del interrogatorio. Pero eso podía haber sido también en el cuartel de una aldea polvorienta del Sur; entonces el hombre era blanco, con una barba color de miel y hablaba con acento europeo. Otras veces era un cadáver, que yacía cárdeno y azufroso en la camilla, con los ojos abiertos y oliendo mal; entre las pestañas y en las fosas nasales tenía restos del yeso de una mascarilla mortuoria y le habían cortado las manos.

A medida que pasaba el tiempo los recuerdos iban

confundiéndose más. El Cónsul podía representarse aún, vagamente, el caserón rosado y la ventana de rejas, pero el sol era húmedo y quemaba como el de la aldea selvática. Aunque pegara el rostro a los barrotes, ya no alcanzaba a ver la cara del Presidente: sólo su espalda cuando entraba al Palacio, incomprensiblemente acompañado por el Coronel, que era él mismo, también sin cara. En ocasiones, el cadáver de los ojos abiertos iba retrocediendo, con una sonrisa triste y de perdón, hacia la oscuridad del sótano. Alguien salmodiaba en *slang* frases con claves y, al final, sólo quedaba en el círculo luminoso del interrogatorio una mascarilla de yeso, con piel y pestañas adheridas; el hombre cegado por los reflectores era el Cónsul y sentía la sangre gotear sobre los nuevos zapatos neoyorquinos, pero entonces la sangre era suya y se despertaba ahogado de horror ante los muñones de sus propias manos cercenadas por el Coronel.

Para el Cónsul, esos fragmentos de memoria pertenecían al Coronel o a un sueño donde el Cónsul soñaba con un coronel. La realidad era únicamente la Heilwigstrasse y sus hermosas fachadas de ladrillos rojos, todas iguales, mojadas por la lluvia. Ante el 125, el Cónsul miró hacia sus ventanas del segundo piso y se dijo que debería colocar el escudo nacional de una vez por todas, como se lo había propuesto apenas ocupó el cargo. Después recordó los diarios de la semana y que ya no valía la pena. ¿O habría que ponerlo de todos modos, como uno de sus últimos actos oficiales? Siempre había ido rehuyendo el trámite engorroso, el aviso al ministerio en Bonn, la vigilancia sobre el pintor alemán, con seguridad incapaz de dibujar el cuello grácil de la llama (¿O el animal heráldico era la vicuña?) Pero tampoco creía mucho en las noticias de la prensa sobre el cambio de

generales allá lejos y decidió no preocuparse, todavía. Pensó: "Deberán comunicármelo personalmente. Mientras el télex no llegue, tengo derecho a poner el escudo."

Antes de tomar el primer vuelo dominical de la BEA hacia París, la muchacha rubia compró en el aeropuerto de Heathrow un libro de Louis Aragon y un hermoso *drypen* que escribía con tinta violácea, casi amatista. La muchacha había nacido un invierno en Lieja y la amatista era la piedra de su horóscopo. Una hora después subió a un taxi en Le Bourget y se hizo llevar a la plaza de la Contrescarpe, en el Barrio Latino.

Descendió la calle Mouffetard y volvió a remontarla, buscando memorias casi borradas, caminando sin prisa, deteniéndose en los pequeños teatros a mirar algunas fotografías conocidas o en las tiendecitas árabes a examinar los manojos de pañuelos. Eligió un pañuelo rojo y negro, que se anudó flojamente al cuello. Más adelante compró a una verdulera una gran manzana y un cartucho de fresas. A mediodía se sentó en un café de la plaza, a comer las frutas y pensar en el hombre que la amaba. Cuando las campanas de Saint Etienne-du-Mont dieron las dos de la tarde, estaba ensimismada en la lectura de los últimos poemas de Aragon. Pagó el café que no había tomado y caminó hacia el río. Allí se detuvo un rato en la balaustrada del ancho puente de piedra, mirando el agua que fluía hacia el Oeste. Luego arrojó las viejas memorias de París y el libro a la corriente sombría y aguardó a que fueran hundiéndose entre los remolinos formados por los pilares. A las nueve de la noche tomó en Orly un avión hacia Alemania Federal. El pasaje estaba en su

bolso desde un mes antes, con el nombre que figuraba en el pasaporte belga.

El lunes se levantó muy temprano en el hotel de Hamburgo y llegó a una gran tienda cuando recién abrían las puertas. Allí, casi a solas con las vendedoras, compró una peluca gris de cabello natural, un abrigo caro, botas, un gran bolso de ante y un cuaderno escolar. En Hamburgo la primavera era húmeda y fría para las personas de edad, muy distinta al sol de Hyde Park o de la Contrescarpe. Casi no se veían niños por la calle. A las diez de la mañana la muchacha se paró en la puerta principal de la tienda, a un costado de la multitud que entraba y salía. Un hombre joven y alto, de piel atezada (podía haber sido árabe, o italiano, o de América del Sur), se quitó a su lado unos anteojos oscuros y los plegó cuidadosamente, antes de introducirlos en su estuche. En la mano izquierda usaba un curioso anillo, como un cilindro opaco.

La muchacha no conocía a ese hombre. Pero muchos meses antes, el hombre que la amaba había dicho con su voz grave de acento apocopado a la muchacha, que también lo amaba: "Apréndelo, pues. Los anteojos. El anillo vietnamita de aluminio. No hay sol, pero también debo protegerme de la lluvia, ¿no le parece? Un 38 largo es mejor." El campo de entrenamiento estaba en la selva y había gritos de monos y el zumbido obsesionante de las cigarras tropicales. En Hamburgo el hombre alto dijo: "No hay sol, pero también debo protegerme de la lluvia, ¿no le parece?" La muchacha asintió con la cabeza y sólo contestó, mirándolo a los ojos: "Un 38 largo es mejor". El hombre volvió a ponerse los anteojos y caminaron unidos del brazo hacia el BMW alquilado en Italia. Más tarde, en el nuevo hotel donde se registraron como un comerciante de Milán con su amiga, la muchacha rubia

arrancó una hoja del cuaderno y escribió con el lápiz amatista y en grandes letras mayúsculas:

**VICTORIA O MUERTE
SIEG ODER TOD**

El Cónsul iba a salir a su caminata de todas las mañanas y su mujer estaba alcanzándole el impermeable, cuando la secretaria lo detuvo en la puerta del despacho: "Ahí está la señora australiana de nuevo. Ya ha venido dos veces esta semana". Y añadió atropelladamente: "Llegó un cifrado por el télex. Lo dejé en su mesa". El Cónsul hizo una mueca: era la misma del Coronel y se dio cuenta de que correspondía al ministerio de Gobernación, no a la Heilwigstrasse con sus casitas de ladrillo. Entonces dijo a la secretaria que hiciera pasar a la señora australiana.

La secretaria era alemana y muy joven. En el fondo siempre temía al Cónsul, aunque no había conocido al Coronel. Rara vez aparecía trabajo en el Consulado, sobre todo en los últimos tiempos. La secretaria pasaba sus horas muertas leyendo revistas con fotonovelas. A veces la mujer del Cónsul entraba con dos tacitas de café (el matrimonio vivía en el mismo piso) y una sonrisa estúpida en su cara de chola, pero la secretaria, aunque hablaba español, casi no le entendía la pronunciación de vocales escasas y callaba, hasta que la pobre mujer volvía a sus habitaciones. De noche, la secretaria, que era de Bad Godesberg y extrañaba los álamos y las orillas verdes del Rhin, apagaba la luz de su pequeño cuarto de Hamburgo invadido por los ruidos de una estación ferroviaria y en la oscuridad aparecían los dientes de lobo que el Cónsul enseñaba al hablar, como una inusitada máscara de guerra en el rostro blando y pacífico. Esa mañana los dientes

de lobo habían relucido un instante, cuando le habló del télex.

La muchacha rubia entró al despacho, conducida por la secretaria. El Cónsul estaba de pie, pálido y encorvado, mirando fijamente el papel amarillo extendido sobre la mesa, que sujetaba con una mano. Con la otra escribía a veces en otro papel, después de consultar una tarjeta. No parecía haberlas oído. La muchacha llevaba la peluca gris, sujeta por el pañuelo de la calle Mouffetard. Se había puesto dos abrigos; debajo de los pantalones había otra ropa y usaba un maquillaje de base amarillenta, que acentuaba con maestría ciertas arrugas naturales y oscurecía la piel contigua a los ojos sin pintar. El segundo abrigo, matronil, ocultaba la línea pura del cuello y la barbilla. Fue presentada al Cónsul por la secretaria, que pronunció mal el apellido, indecisa.

La muchacha rubia empezó a hablar en inglés, con una voz largamente ensayada, la voz metálica de su abuela de Brabante. Solterona y algo excéntrica, la socióloga australiana pidió datos y publicaciones sobre el país subdesarrollado, insistió en un complicado proyecto de investigación. El lo sentía mucho, pero el Consulado no disponía de ese material, dijo el Cónsul, levantando apenas la cabeza. Debería entenderse con la secretaria. Pero la voz metálica seguía hablando en inglés, invadiendo los pensamientos del Cónsul, impidiéndole concentrarse en las cinco columnas de cifras donde se le anunciaba que todo había terminado, que el General ya no temía los secretos guardados por el Coronel, que ahora vendrían el regreso y la humillación; quizás también la venganza de la guerrilla, derrotada pero no disuelta. El cifrado estaba dirigido al Coronel, pero el Cónsul pagaría las consecuencias.

Las dos mujeres no sabían que en ese momento el Cónsul

estaba insultando al Coronel en una oficina del caserón rosado. Ambos se gritaban obscenidades y sus voces se mezclaban con los pregones de las indias vendedoras de cigarrillos en la plaza, con el *huaynu* quejumbroso que vertía del segundo piso de Gobernación en la radio de un detective, con las estupideces de aquella australiana loca. En medio de ese coro destemplado el Cónsul no podía distinguir su propia voz. La muchacha rubia pensó: "Dios, Dios, tiene que quedarse solo conmigo". Al menos la vieja podía ser acallada y el Cónsul dijo, mientras el Coronel lo injuriaba por la cobardía de haber huido a Hamburgo: "*Fraulein*, vea por favor si hay algunos folletos de turismo". Al salir la secretaria a cumplir la última orden, él se inclinó otra vez, verificando las cifras del papel amarillo.

La muchacha rubia se le aproximó y quedó a su derecha, a cuatro pasos de distancia. Con sus manos enguantadas abrió el gran bolso de ante, donde no había más que una hoja de papel y un revólver calibre 38 largo. (Esta arma era su idea y la había defendido obstinadamente allá lejos: "No quiero pistolas que se encasquillan, no quiero cargadores de repuesto. Sólo quiero seis balas y todavía van a sobrarme tres.") Empuñó el arma familiar, pero la mantuvo todavía oculta tras la tapa del bolso. Se movió algo más hacia su propia derecha. El hombre tenía que verla, el cazador debía dar su oportunidad a la bestia atrapada, porque ésta era una operación militar pero también una tarea política y debía ser ejecutada de frente. Y al mismo tiempo, pensó que todo era superfluo, que el Coronel ya estaba muerto, que lo había estado desde que la australiana entró al despacho.

En ese punto del tiempo que se agotaba, el cadáver del Coronel levantó los ojos de su blanca mascarilla mortuoria y

miró a la mujer desconocida que sonreía. Ella le devolvió la mirada, ya sin odio, mientras dejaba caer el bolso al suelo y descubría el revólver en posición de tiro, aferrado con las dos manos. Después, con un gracioso movimiento corporal, separó un poco los pies y dejó gravitar su peso en la pierna derecha (como le había enseñado el instructor). Simultáneamente, extendió los brazos unidos y disparó tres veces, con pausas exactamente iguales, sobre el Coronel muerto. Vio los tres impactos acumularse en la misma zona del pecho y casi pudo seguir su trayectoria horizontal hasta que hicieron estallar el corazón, porque los ojos del Coronel, siempre fijos en ella, quedaron turbios de pronto. El Coronel se hizo cada vez más pequeño y fue deslizándose hacia abajo; primero de rodillas, luego sentado sobre los talones, al fin desprendiendo sus manos engarfiadas en la mesa, que agarraron el papel amarillo y se lo llevaron. El Cónsul quedó encogido entre la pared y la mesa, silencioso. Las detonaciones reverberaban todavía en el despacho y una breve niebla azulada flotó bajo la pantalla de la lámpara. Sin abandonar el revólver empuñado, la muchacha sacó del bolso la hoja de cuaderno escrita con tinta amatista y la colocó a los pies del Coronel.

Aún no se había incorporado, cuando oyó abrirse la puerta como una explosión. Sintió un golpe terrible en la nuca y dos brazos frenéticos la inmovilizaron de rodillas, mientras la cara de la mujer del Cónsul se pegaba a la suya entre gemidos y frases en *quechua*, mojándola con lágrimas y saliva. La mujer olía a perfume francés, pero sus facciones estaban descompuestas en el rictus de las máscaras seculares y el idioma incomprensible se alargaba en los lamentos bestiales de las plañideras fúnebres. La muchacha rubia luchó en silencio. Por primera vez desde su entrada al edificio

se sintió aterrada. En su puño enguantado el revólver se incrustaba entre los pechos de la mujer, pero la muchacha supo que no apretaría el gatillo. La mujer estaba viva de verdad y su ferocidad había nacido muchos siglos antes, era parte de lo que la muchacha amaba. El odio y el amor rugían en la india llorosa, como el viento negro que talla desde el principio del mundo los desfiladeros y el altiplano pedregoso.

La muchacha dejó caer el arma inútil. Con la flexión practicada antes muchas veces, liberó sus brazos. Después golpeó en dos puntos con el canto de las manos. Semiasfixiada, la viuda cayó de rodillas, aferrando la peluca gris y el pañuelo con los colores de la rebelión. Antes de desvanecerse, atónita, miró la masa de pelo rubio derramada sobre los hombros de la vieja señora australiana que caminaba hacia la puerta.

Diez segundos para llegar a la escalera. Recuerda: no hay ascensor. Atención a la segunda puerta del pasillo, que es el consulado dominicano. Veinte segundos para la calle. Sigue lloviendo y la Heilwigstrasse está desierta. El automóvil espera a la vuelta de la esquina, pero tendrás que pasar antes por la estación de policía. Respirar cada tres pasos, rítmicamente. Aspirar-expirar. El policía de guardia te mira mientras caminas sin paraguas bajo la lluvia, con la cabeza extrañamente descubierta y sonriéndole con timidez. Sesenta segundos para llegar a la esquina, entre las interminables fachadas de ladrillo, como lo ensayaste tantas veces. (Falla primera: ahora la viuda podrá describirte.) Atención: quizás se abra una ventana del segundo piso y alguien grite; otros correrán a tu encuentro sobre el asfalto reluciente, a cerrarte

el paso. ¿Dónde se metió la secretaria? Son las nueve y veinte de la mañana, o mejor, las cero-nueve-dos-cero, en Hamburgo, República Federal de Alemania. ¿Y qué más, qué más? No lo sé. Sí, lo sabes. Trata. Claro: primero de abril de mil novecientos setenta y uno. ¿O de qué? Del uno-cuatro-siete-uno. Nueve meses para planear la acción, dieciocho minutos para ejecutarla. *Desarmés, incertaines*. ¿Se deberá incluir el minuto treinta y cinco segundos necesarios para llegar al automóvil? Respirar cada tres pasos. ¿Dónde termina realmente la operación? El objetivo está en el segundo piso, muerto, con tres balas calibre 38. (Nada de pistolas, mi amor que me enviaste.) ¿En qué variará el resultado si no alcanzas al hombre del anillo vietnamita, tu primer anillo de compromiso? En nada. Ya no existes para las condiciones objetivas y has dejado de ser una condición subjetiva necesaria. Oh, soldados de los ejércitos inciertos. Veinte segundos. Antes de doblar la esquina, oirás los alaridos inevitables y alguien te apuntará con una pistola. (Falla segunda: el revólver quedó en el despacho; con rayos X se puede leer una numeración borrada por medios químicos. El agente tomará puntería después de la primera voz de alto; la Heilwistrasse es el corredor del polígono de tiro y tu espalda el blanco móvil. Aspirar-expirar. Expirar. ¿Todos siguen durmiendo en el 125, o son unos cobardes asquerosos con miedo a una mujer? ¿Dónde se escondió la secretaria, con su cara llena de granos? Tienes que calmarte. La lluvia es tibia y cordial; por favor, siente tus pies abrigados dentro de las botas nuevas. Respirar cada tres pasos.

El BMW está con el poderoso motor en marcha y en primera velocidad, neutralizada por el embrague. El hombre

juega con el anillo de aluminio. Ve que en el cronómetro del tablero faltan siete segundos; entonces pone la mano izquierda en el volante y con la derecha quita el seguro a la subametralladora que tiene sobre las rodillas. Un pie oprime el embrague; el otro roza el acelerador todavía silencioso. Porque la muchacha rubia y desconocida que es su jefe lo ha decidido, el hombre es solo un dispositivo articulado intermedio entre el arma y el automóvil: no debe tomar ninguna iniciativa. Como en su país era ingeniero, imagina ser una computadora programada con sólo tres alternativas: si viene sola, ella subirá al automóvil por la portezuela entornada y empezarán la exfiltración hacia Copenhague; si vienen persiguiéndola y hay posibilidades de que llegue al coche, él cubrirá la retirada a tiros; si ve que la detienen o la hieren, deberá abandonarla a su suerte.

Se extingue el último segundo. La muchacha aparece en la esquina, caminando con normalidad. Lleva las manos en los bolsillos del abrigo; el cabello rubio y empapado le cubre los grandes ojos claros y cae sobre los hombros erguidos. Viene sonriendo y sus labios se mueven sin cesar en un monólogo inaudible. Abre la puerta y se ubica en el asiento, sin prisa, recogiendo las largas piernas. El BMW arranca con suavidad.

La disposición del tránsito obliga a doblar hacia la derecha y entrar en la Heilwigstrasse, desandando la ruta de la muchacha, para salir por la otra esquina hacia la autopista. Los limpiaparabrisas están desbordados ahora por la lluvia que arrecia; la muchacha sólo puede ver imágenes borrosas que pertenecen al país de los muertos: el policía en su sitio, la puerta del 125 cerrada como ella la dejó. No hay nadie en las aceras, donde la lluvia cae desde el amanecer y ya ha

arrastrado hacia las cloacas toda la suciedad. La Heilwigstrasse está limpia.

La muchacha empieza a quitarse la ropa de la australiana. Terminará de cambiarse y secará sus cabellos en el segundo automóvil, que espera en una granja de Reinbeck, con otro equipaje y nuevos pasaportes. Después entrarán a Dinamarca en el ferry de Puttgarden y luego vendrán Suecia, Holanda, Francia. Quizás, en algunos meses, otra vez América del Sur.

Las barandas de la autopista pasan con un soplo isócrono a ciento cuarenta kilómetros por hora. El hombre conduce en silencio, tras sus anteojos oscuros, y no ha hecho una sola pregunta. Ella mira las manos fuertes y finas, el rostro huesudo y mal conocido, los hombros sólidamente encajados en el asiento de cuero. Mira sus propias manos, que han matado por primera vez.

La muchacha rubia consultó el almanaque, sintió una felicidad desconocida, caminó hacia la ventana de la casa quinta que la había esperado como fin de su viaje. Eran las cinco de la tarde y a esa hora terminan las clases escolares en Montevideo. Bandadas de niños iban por la avenida del Prado, balanceando las carteras y relatando a sus madres las aventuras del día. Empezó a contar con los dedos y recordó la alcoba de Helsingor, el cansancio del ajusticiador, que se parece al de la consumación del amor, igual de triste, vacío y solitario. Oyó de nuevo la respiración del hombre, que la miraba desde la misma almohada; vio la mano con el anillo de aluminio, alargándose para apagar la lámpara; recostó otra vez la cabeza en el hombro cómplice y compañero, para llorar largamente sus lágrimas inexplicables y silenciosas.

En el cuarto montevideano, donde el crepúsculo del otoño comenzaba a apoderarse del aire, completó la cuenta de las semanas y las lunas en voz alta, sonriendo. Supo que iba a tener un hijo, que nada había ocurrido en Hamburgo, que la resta y la suma igualaban el resultado.

EXILIO

Una mujer joven, que no está enferma, sabe que va a morir y hasta conoce la fecha aproximada. Cuando lo dice, todos sonrían, pero callan y no osan desmentirla. En un día del verano la mujer invita a sus amigos a la playa. Bajo el mediodía del Caribe se aleja del grupo que conversa en la arena, para caminar, los pies en el agua, a lo largo de la rompiente. El agua está tibia y el sol quema sus hombros y reverbera en sus largas piernas mojadas. La mujer entra lentamente en el mar. Cuando ya no hace pie, sumerge el rostro con los ojos abiertos y mira, esfumados en la penumbra verde y salada, corales blancos, anémonas azules, algas de ondular despacioso y dos peces que cruzan como dos mariposas amarillas. Después se vuelve de espaldas, el sol en la cara, y nada con brazadas perfectas hacia el arrecife que todavía no se ve. El mar la envuelve en un misterioso vaivén de vida, el sol impone su calor sobre un mundo donde ella es el centro solitario.

Al día siguiente la mujer inicia el largo viaje oblicuo hasta su país, donde entra meses después con el cabello teñido, un pasaporte falso y sus direcciones aprendidas de memoria, para reincorporarse a una guerrilla ya condenada al aniquilamiento.

Una semana más tarde una patrulla del Ejército irrumpe por fin en una casa suburbana que ha resistido el cerco durante toda la noche, hasta que los defensores quedaron sin municiones. Encuentra tres hombres muertos y, encogida en un rincón, con su arma inútil, a la mujer, ilesa, que respira lentamente y mira con ojos vacíos una penumbra verde y lejanísima, donde pasan mariposas amarillas. Sin que se resista, la incorporan tomándola de los brazos, que le han

atado a la espalda con alambre y la sacan caminando de la casa.

El sol quema como en la playa, aunque sea el del altiplano. La mujer está empezando a unir ambos recuerdos, sonriendo, cuando el oficial la ejecuta de un nítido balazo en la sien.

**UN PUESTO DE COMIDAS
CERCA DEL HOTEL**

El hombre ocupa el cuarto de enfrente, con un muchachito de siete u ocho años, que debe ser su hijo. El niño viste, como él, ropas comunes en Cuba: pantalón y camisa de tela rústica, botas de trabajo. Siempre va de la mano del hombre.

Larrosa se cruza con ellos al entrar o salir del hotel, sin obtener un saludo. El padre es un mulato joven, de rasgos finos y reconcentrados; su seriedad angulosa le agrega algunos años. En el desmesurado hotel de La Habana, construido entre las dos guerras mundiales sobre arrecifes de coral convertidos en jardines, hay turistas canadienses, exiliados latinoamericanos con los rostros devastados por el paludismo de la selva, parejas de adolescentes campesinos en luna de miel y una cantante española de moda, afiliada en su país al Partido Comunista. También algunos cubanos de rostro impasible, pelo muy corto y ojos fatigados, ropas civiles pero gestos de hábito militar, que sólo hablan entre ellos. Aunque ya hace muchos años que no vive en La Habana, para Larrosa toda la gente del hotel es desciftable, menos el hombre del cuarto de enfrente y su hijo.

Los dos salen muy temprano, aunque el hijo no lleva libros ni cuadernos. Vuelven al atardecer y Larrosa no los ve nunca en los comedores, ni en la cafetería o en la sala de juegos mecánicos, ni tampoco en el vasto jardín con acantilados sobre el golfo de México y los viejos cañones navales conmemorativos.

Ciertas tardes los encuentra en un ascensor. Las ascensoristas parecen conocer bien al padre y al hijo, porque no les preguntan cuál piso, ni les hacen mostrar las tarjetas de huésped. Entonces Larrosa camina por el corredor, oyendo detrás los pasos de sus vecinos. Al cerrar su puerta aguarda un instante, hasta verificar que el hombre y el niño han

entrado al cuarto de enfrente. Le llegan apenas el ruido de una silla, el correr de una cortina o el rumor del agua fluyendo en el baño, pero nunca voces o diálogos o la campanilla del teléfono. Luego va a abrir su ventana (porque el aire acondicionado no funciona) y se sienta ante la máquina de escribir y el libro con los márgenes anotados, a trabajar en un texto que debe entregar antes de su partida.

Finalmente, deja de ver a sus vecinos. Un día mira, por la puerta entreabierta del cuarto de enfrente, a otros huéspedes. Esa tarde pregunta con aire casual a las ascensoristas, pero ninguna sabe del hombre y de su hijo, o por lo menos no lo dicen. Sus expresiones son algo artificiales y a la de más edad le pasa por los ojos una compasión fugaz. Una vieja camarera negra y sabia, que Larrosa reconoce de otras visitas, añade algo, una mañana: "La descarada le dejó el muchacho y ahora se lo pide". Pero la frase no es aclarada y por último Larrosa la olvida.

Dos semanas después entrega su prólogo en el Instituto y Alfredo lo llama por la noche, para confirmarle la aceptación del trabajo, pero no la reserva en el vuelo de Iberia que sale al día siguiente. Sugiere ir de todos modos al aeropuerto y ponerse en la lista de espera.

A las cuatro de la mañana Alfredo viene a buscarlo en su Lada soviético. Mientras coloca en el asiento trasero la única maleta, explica por qué el vuelo a Madrid está completo: "Hoy es día de gusanera", dice.

Sobre la hermosa carretera a Rancho Boyeros el amanecer apunta rojizo y neblinoso. El Lada se adelanta ágilmente a omnibuses japoneses y cruza camiones alemanes cargados de legumbres para la ciudad. En los refugios a la orilla de la ruta esperan grupos de obreros, echando el vaho de su aliento

en la atmósfera helada. Las nuevas fábricas y granjas van quedando atrás, alternadas con los grandes carteles multicolores donde la Revolución propone sus consignas. En la parada de un semáforo dos muchachitas madrugadoras, que transportan un viejo sillón, sonrían a Larrosa y después se tientan de risa, avergonzadas y gráciles, con sus pañuelos rojos y sus dentaduras perfectas en la piel aceitunada. Casi en seguida, a la derecha, aparecen los altos y blancos timones de cola de los Ilyushin y Tupolev, agrupados detrás de las palmas y el verdor.

Alfredo es funcionario del Instituto y el más antiguo amigo de Larrosa en Cuba, pero también algo más, que le permite solucionar algunos trámites de embarque. Mientras lo intenta, Larrosa observa al gentío que se apiña ante el mostrador de Iberia: los que se van.

Bajo las luces de neón, son más de un centenar y se mueven con ademanes torpes, dentro de sus ropas demasiado nuevas, recién entregadas. Muchos hablan con voz innecesariamente alta, pero su charla es insustancial. Otros susurran con atropello, los ojos fijos en el suelo, sin mirar al interlocutor. Los parientes que han venido a despedirlos, lacónicos y mal vestidos, parecen secretamente avegonzados por esa facundia, crispada a veces en una frase irónica o un insulto político contra Fidel Castro. Los guardias aduaneros, de uniforme claro, pasan con indiferencia, como si no oyeran. Los niños que se van tienen zapatos nuevos; desde la cola, entre los equipajes heterogéneos y provincianos del viajero primerizo, miran a los niños que se quedan y que están estirados lánguidamente en los asientos o duermen sudorosos en el regazo de sus madres. Todavía falta un rato para que los viajeros pasen a la sala de embarque, donde el espeso

cristal les impedirá oír a los que dejan. Pero otro cristal divide ya el salón ruidoso; el arco que iba de unos a otros se ha quebrado y las palabras pierden su significado, exageradas o insuficientes.

Desde los altavoces del techo vienen un tañido y una voz femenina que da instrucciones. Comienzan de pronto los abrazos largos y mudos, las recomendaciones musitadas con las cabezas juntas, las bromas inseguras de los más jóvenes, donde canta el acento campesino. La columna se mueve poco a poco hacia el embarque y entre el rumor de pies y el de los equipajes arrastrados corre una pleamar de alivio. Algunos ancianos lloran como para sí mismos. El salón rebosa de gente que se separa; unos se alejan hacia la calle o permanecen de pie, indecisos; los otros, ya debidamente despedidos, un brazo sobre los hombros del compañero de viaje, falsamente regocijados, miserables, bocas altivas, caras demudadas, ojos desafiantes, caminan hacia el avión definitivo. En un instante han quedado reducidos a su propia y solitaria comunión. Ya no están en el país, aunque todavía lo pisen; su decisión los ha borrado de la realidad.

Súbitamente, Larrosa reconoce entre la fila al niño del hotel, que camina junto a una pareja madura y lleva en la mano un bolso amarillo. La gorra nueva disimula su pequeño rostro inexpresivo, pero es él. Casi al mismo tiempo, en una intuición, Larrosa desplaza la mirada y ve al padre, alejado, contra una pared del fondo. El hombre está de pie y mira al niño, que desaparece por la puerta de embarque sin volverse. El hombre gira la cabeza y sus ojos encuentran un momento los de Larrosa y se cierran, pero quizás sólo sea un efecto de la distancia.

Alfredo vuelve con la maleta y una noticia: no ha sido posible obtener sitio en el avión; recién habrá otro vuelo dentro de tres días. Larrosa le dice que no importa y siente una felicidad turbia, como cuando el azar nos ahorra la pequeña cobardía que ya habíamos aceptado. Después regresan al hotel y Alfredo se despide, porque debe salir ese mediodía al trabajo voluntario.

Al atardecer llueve sobre el jardín, esfumando las ceibas y los viejos cañones. Los canadienses vagan por el *lobby* con sus confortables chaquetas a cuadros, aburridos, sin saber español. Larrosa toma en su nueva habitación dos tazas del café aromático y espeso. El viento Norte viene desde el castillo del Morro. Los petroleros soviéticos anclados fuera de la bahía rolan lentamente en torno a sus cadenas, con las luces desdibujadas en el aire opaco. Las aguas del Golfo están grises y desde el cuarto piso se ve brillar el pavimento mojado del Malecón.

Larrosa se pone una trinchera y baja a la calle, sin rumbo. Camina despacio hacia la avenida Línea y más tarde se detiene ante un alto edificio de apartamentos, donde en la última terraza asoman una palma enana y follajes tropicales. Allí habita el anciano poeta nacional y Larrosa recuerda otras noches de diez años atrás, la voz abaritonada del viejo célebre diciendo sus versos, el rostro absorto de alguien que escuchaba, el perfume del último verano.

Flamantes taxis Chevrolet, importados de Argentina, pasan de vez en cuando con un susurro de neumáticos, pero la avenida está desierta de transeúntes. En la siguiente esquina el viento sopla con más fuerza y la lluvia le da en la cara, obligándolo a guarecerse en un portal que tiene la chapa desteñida de un Comité de Defensa de la Revolución. En la

penumbra, otro viejo, con un pedazo de nylon transparente sobre la cabeza a manera de capa, lo mira cauteloso. Viste con modestia y un rastrojo de barba blanca le cubre las mejillas correosas. Usa una gorra de visera, con señales de alguna antigua insignia en la tela gastada. Entre la dentadura despareja pero entera aprieta el cabo apagado de un habano. Parece un pescador o campesino venido a la ciudad.

“¿Tiene ahí candela?”, dice el pescador o campesino.

Larrosa le acerca su encendedor de gas, pero el viejo lo toma con una mano y con la otra quita el cabo de la boca y lo mantiene en la llama, mirándola fijamente.

“Un Norte de madre”, dice sin levantar la cabeza, mientras chupa.

“Sí.”

“¿Usted es extranjero?”

“No. De América Latina.”

“Extranjero”, confirma el viejo.

Larrosa no dice nada. El agua que le ha empapado los cabellos descubiertos está corriéndole cuello abajo, muy fría. Se quita los anteojos constelados de gotas que le impiden ver. Ya es casi de noche y las luces de sodio van encendiéndose mágicamente a lo largo de Línea.

“Gracias, míster. Esta fosforera es un fenómeno”, dice el viejo con sus palabras cubanas, devolviéndole el encendedor laqueado. El cabo de habano está húmedo y tira mal. Es un resto de “cazador”, fuerte y ordinario; el olor acre invade el portal. Larrosa palpa en el bolsillo de su camisa la forma del Cohiba, intacto en su envoltura y reservado para la cena. Piensa en ofrecerlo al viejo, en iniciar una conversación política bajo aquel portal de un CDR, en hablarle de latinoamericanos y extranjeros en la Revolución (el tema que ha

desarrollado en el prólogo para Alfredo). Pero lo asalta una vergüenza inexplicable, no dice nada y empieza a caminar hacia el hotel.

El enorme edificio rosáceo se alza entre la lluvia, con sus ventanas iluminadas. En las dos torres de estilo español, altas como campanarios de una catedral, los azulejos relucen a la luz cárdena suspendida sobre el mar.

En una esquina próxima al hotel, castigado por el agua y el viento del Golfo que llegan en ráfagas rasantes, hay un puesto de comidas con algunos parroquianos de pie, apoyados en la barra. La marquesina los protege, silenciosos bajo la lámpara de neón, traídos quizás por la lluvia. Más adentro, el joven cocinero negro lee el diario del Partido, grave y delectante, acercándolo a sus anteojos de miope. La camarera madura y opulenta, rostro ajado y autoritario, cabellos teñidos de rojo, escruta a Larrosa. Los clientes comen porciones de pizza envueltas en servilletas de papel; algunos tienen junto al plato una botella de cerveza. El hombre del hotel está allí, abrigado con una vieja chaqueta militar de fajina.

Larrosa pide una cerveza, examinándolo de reojo. Lo encuentra más pequeño que en el hotel, más humilde y fatigado que en el aeropuerto. Mira la chaqueta mojada que se abre sobre la ropa ordinaria, las botas despellejadas; mira su propia trinchera española, cara y fuera de lugar. Quiere sobreponerse a la vergüenza que vuelve, recurrir al análisis político que explicará la situación, pero también le parece fuera de lugar, con ese hombre silencioso a su lado. Piensa: “Está saturado de cansancio, pero no confuso. No lo sabe todo, pero ha aprendido por fin a distinguir lo falso que es cómo se hacen las revoluciones verdaderas. Está en medio de

un trabajo formidable que durará toda su vida y también la del niño”.

Bajo la luz escasa del puesto de comidas, ante el alimento modesto, el hombre del hotel escucha algo en el viento. Con respeto, Larrosa se quita los anteojos inundados, para verlo mejor y llevarse su imagen. El rostro del hombre parece menos duro, repartido entre el dolor y la confianza. Las gotas de agua o lágrimas le resbalan por las mejillas. Larrosa se dice que el viejo del portal tenía razón.

El hombre del hotel, sin reparar en el extranjero, mira fijamente hacia adelante, solo, de espaldas a la oscuridad creciente y al rumor de la lluvia.

EL VIAJE AL ORIGEN

A Mercedes Ramírez

¿Qué sostengo en la mano? ¿Una flor, un fruto? La mirada me sigue en la penumbra: infinita rendición, traspaso de poderes. ¿No soy acaso el primogénito? La voz susurra apenas. ¿Qué está pasando detrás del cansancio de la terca vida de ojos abiertos? El pedido que sólo puede hacerse a la mujer o a un hijo, se ha transformado en el ensalmo que da continuidad a las generaciones. Mis manos se mueven con respeto, mis ojos evitan encontrar los suyos, fijos con un destello de amor y agradecimiento en el rostro también inmóvil, que empieza a preparar la expresión ajena de la muerte. Treinta años de ternura, incomprensiones, camaradería, ausencias y regresos, abruman de pronto el aire de este cuarto cerrado, donde nos han dejado solos porque es la única noche.

“Yo quería verte”, dijo la extraña voz de mi padre por el teléfono internacional, “pero no se puede. Igual todo está bien”. Al principio de la llamada desde Montevideo, antes de que llevaran el teléfono al enfermo, mi hermano Javier había hablado con su estilo telegráfico, seguramente mordiendo la pipa para disimular las vocales temblorosas. “Ha habido consulta médica. Dicen que esto se acaba”. En La Habana, contra un fondo de descargas estáticas y ruidos en inglés (porque la comunicación pasaba por Nueva York) pregunté cuánto tiempo. “Cinco días, una semana.”

Mi padre, que sabía todo mejor que los médicos o Javier, prosiguió: “No hagas un disparate. No vengas”. Hablaba desde un sitio enrarecido, que le cambiaba la voz, o era el cáncer aproximándose a la laringe y fijando los plazos por su cuenta. Antes de que la voz desapareciera bajo los gritos de una mujer que preguntaba a Julie Silberman cuándo llegaría

(“En cualquier momento”, decía Julie) vino desde Montevideo la frase de la verdad que yo esquivaba, pero mi padre no tenía tiempo: “Mejor me despido ahora”. Grité, sin saber si me escuchaba, eligiendo yo también la verdad: “Aguante, aguante, que yo voy”. “En cualquier momento”, dijo Julie Silberman y cortó la comunicación.

En La Habana eran las siete de una mañana de febrero. Bajé a la cafetería del hotel para desayunar con Aurelio, según lo convenido en otro desayuno; el día de Aurelio empezaba antes de salir el sol. Llegó pequeño y sonriente, con la cartera de mano abultada por la pistola, el uniforme de fajina verde olivo que no usaba casi nunca y la mirada de niño pobre y feliz. “¿Qué hay de nuevo en Montevideo?” dijo, pero esta vez la frase de costumbre no conduciría al tema de costumbre. Le dije qué había de nuevo en Montevideo.

“Ese viejo está claro”, sentenció, luego de escuchar en silencio la historia común y triste. “Tiene toda la razón.” Y sin embargo a Aurelio no hacía falta explicarle la rabia impotente del destierro, la necesidad de anular la distancia con una tentativa, la forma en que mi padre iba a morir como estaba muriendo mi país: conmigo lejos. Aurelio sabía de la relación tácitamente aprobatoria con mi padre, blanco viejo, que incluía en algunos puntos básicos los acuerdos, las discrepancias y el respeto. Tampoco había que explicarle las inflexiones del diálogo conservado por las grabadoras de Nueva York, donde la muerte tal vez se llamaba Julie Silberman. Sólo dije: “Mañana hay un vuelo de Cubana a Madrid. ¿Podés arreglarlo?” Aurelio me miró unos segundos. Sin darse cuenta, había adoptado la posición a que lo acostumbraban cafeterías de la clandestinidad: las dos manos

sobre la mesa y la cartera de mano a la derecha, pero junto al borde. Después bebió el resto del café y sacó la eterna libreta negra y el bolígrafo checo. “Dame los datos” dijo, otra vez sonriente, el niño pobre de uniforme verde olivo, que era dueño de su país.

Al atardecer de ese día me senté en mi terraza del piso 12, a ver cómo el golfo de México iba oscureciendo sus azules. Sobre el escritorio estaban el pasaje a Madrid y el pasaporte recibido en Montevideo al salir de la cárcel, con un pequeño sello pérfido que lo invalidaba para volver. Pero aún no se me había ocurrido ninguna idea de cómo entrar.

Seguí buscándola al día siguiente, durante el vuelo y después, cuando caminaba por una avenida invernal de Madrid, negociaba en una agencia hasta lograr sitio en un avión a Montevideo del mismo día y compraba un pasaje optimista de ida y vuelta. No la encontré y tampoco la había hallado cuando descendía en Carrasco, a las tres de la mañana, la escalerilla del avión esfumado en el torrente de una lluvia veraniega, ni cuando iba hacia el viejo edificio, bajo el inmenso paraguas rojo de un empleado solícito. “En cualquier momento” había dicho la señorita Silberman y tal vez yo imitaba su acto impredecible, mediante débiles argucias: tomar un vuelo que llegaba en la madrugada de un domingo, cuando los policías de Migración son menos y están posiblemente adormilados; hacerme extender el pasaje con mi apellido materno, dejando al primero como inicial inocente y verdadera; llevar sólo un bolso de mano para no demorarme en la aduana. Tras el mostrador, ninguno de los policías de civil, ya con el abrigo puesto, hojeó demasiado el pasaporte inútil, ni consultó listas; nadie se extrañó del

trasplante de los apellidos. Llovía mucho y el mío era el último vuelo en esa noche de perros, por fin. Aún me obsesionaba la idea inencontrable al pisar la acera exterior y haber entrado al Uruguay.

Un taxi se acercó, bajo la lluvia que me empapaba gozosamente. Los residuos de tediosas medidas de seguridad que alguna vez había aprendido, me hicieron dar una dirección a diez cuadras de la verdadera.

El taxi atravesaba un país invisible, que yo no miraba pero iba reconociendo cautelosamente por sus olores y sus pavimentos. El césped de las autopistas, los bosques de eucaliptus o pinos y las playas que íbamos dejando atrás, enviaban en la lluvia sus aromas casi olvidados. Luego aspiré el olor de Malvín y entreabrí la ventanilla, porque estábamos entrando al barrio de la casa paterna, destino del viaje iniciado tres días antes en una isla del Caribe. Desde la esquina desinformadora caminé por las calles dormidas y mal iluminadas, mientras dejaba que la lluvia de mi ciudad me diese en la cara. Por la puerta de cristales de la casa se veían las luces de una vigilia. Como siempre, el timbre de la entrada no sonaba. Con la trinchera calada por el bautismo del regreso, enjugándome el agua de los ojos, golpeé estruendosamente la puerta. En el rectángulo del cristal empañado, el rostro de mi madre reflejó sucesivamente la alarma, el reconocimiento, el estupor y la felicidad. "En cualquier momento."

Llovió todo el domingo, pero no importaba; yo no tenía que ir a ningún lado en Montevideo que no fuera la casa de Malvín, de donde no salí. Esa era una de las dos reglas del viaje inexplicable. La otra, que el lunes a primera hora,

cuando empezara el cotejo de las listas de pasajeros en alguna oficina, yo debía estar en Buenos Aires.

Casi ningún pariente fue enterado. Los demás sabían a qué había venido: mi madre y mis hermanos no le quitarían tiempo al hombre callado y sudoroso bajo la sábana, cuyos plazos eran estrictos. Después de mi llegada, el amanecer ha entrado por las persianas entreabiertas, pero ni él ni yo lo advertimos y he apagado la lámpara horas más tarde. El café traído por mi madre se ha enfriado en sus tazas, sobre la mesa de luz. A mediodía ella ha venido a almorzar con nosotros, pero sin intervenir, limitándose a cambiarnos los platos casi intactos. Inmóvil, de costado hacia mí, que estoy sentado junto a la cama, mi padre ha escuchado en silencio mis historias de la prisión, del exilio y del viaje. De vez en cuando ha confirmado con un gesto, enarcado las cejas si necesita una aclaración, sonreído si está de acuerdo. Pero he sido yo quien más ha hablado. Sólo al principio, cuando separamos nuestras cabezas confundidas en el abrazo del encuentro, ha pronunciado una pregunta y una afirmación, donde hubo un trazo de orgullo. "¿Pediste permiso al gobierno para venir?" "Claro que no." "Eso es. Un hijo mío no tiene que pedirle permiso a un sinvergüenza para entrar a su país". Y ha continuado escuchando la puesta al día de esos años robados, donde tienen que caber además la despedida final y otras cosas.

La sola noche que nos está permitida va detallando la ausencia, pero no alcanza con decir dónde estuve, por qué lo hice, por qué seguiré haciéndolo. He venido también a que ese hombre escuche las faltas que le oculté y perdone ésas y las que supo, sobre todo las del desmedido orgullo de mi

adolescencia insensata. El rito de la absolución a la hora de la muerte debe cumplirse al revés. Mi padre ha oído sin soltar mi mano. Después, en silencio, la ha llevado a su mejilla y ha descansado la cabeza, sonriendo. La verdadera paz ha empezado para los dos a partir de ese silencio: es la forma del perdón que vine a buscar. Ya casi no tenemos nada que decirnos que no sepamos para siempre.

A medianoche, abriendo los ojos, mi padre ha musitado unas palabras y he acercado el oído para recibirlas. Mientras obedezco, me siento a la vez humilde, poderoso, protector, ser vivo admitido a la intimidad de esas horas finales que los moribundos casi nunca comparten. Mi padre ya está demasiado débil y no puede valerse, pero estoy yo, que he viajado tres días para esto. ¿Quién es el padre, quién el hijo? He levantado la sábana, buscado entre las ropas, arrimado el orinal. Sostengo en mi mano lo que puede ser una flor o un fruto, pero también pienso que, de algún modo mágico, sostengo mi origen.

Mi padre se alivia y vuelve a su entresueño apacible, que velo hasta que el clarear del día marca la expiración de mi propio plazo. Entonces beso por última vez su frente, sin despertarlo. Estoy contemplándolo cuando oigo a mi lado el sollozo reprimido de mi madre. Tomo su mano y salimos del cuarto, cerrando sin ruido la puerta del hombre que morirá dos días después, sin mí, conmigo.

EXILIO

La única luz en la habitación es el resplandor de la nieve, que entra por la ventana de dobles cristales. Sobre el gran lecho nórdico una mujer y un hombre están encendiéndose en las tareas del amor, unidos por sus bocas y por el centro de sus cuerpos, aferradas las manos en el naufragio que los arrastra al fondo de la dicha.

En el instante único, mientras ella musita las palabras que sólo ellos conocen, él se echa de pronto hacia atrás y mira sus ojos cerrados. En el rostro de la mujer, que la nieve empalidece y el amor contagia de agonía, el hombre ve los rostros de todos los que quedaron en el país remoto: la mueca final de los torturados, los párpados enrojecidos de las esposas ya sin esperanzas, el sudor de los que van a desaparecer, el temblor en la garganta de las muchachas que están siendo violadas. La noche que los rodea contiene todos los paisajes y silencios de la memoria intacta, inútil. "Abre los ojos", ruega el hombre en silencio, "o moriré de este dolor."

INDICE

Prólogo de Eduardo Galeano	9
Exilio	11
La noche de la cocina	15
Hermanos argentinos	21
El espíritu santo sobre el Retiro	27
Exilio	33
El ascensor	37
Exilio	51
<i>Snapshots</i>	55
Asistencia a la asociación para delinquir	75
Exilio	85
Los ejércitos inciertos	89
Exilio	105
Un puesto de comidas cerca del hotel	109
El viaje al origen	119
Exilio	127

Esta edición de "Los Ejércitos Inciertos" se terminó
de imprimir en Arca Editorial S. R. L. Andes 1118,
Montevideo, en el mes de julio de 1991

Depósito Legal No. 252.385/91

Comisión del Papel - Edición amparada al Art. 79 de
la Ley 13.349.